

EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN AZUCARERA EN EL DISTRITO DE EL GENERAL, PÉREZ ZELEDÓN, ENTRE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX Y LA DÉCADA DE 1970

*Norman Dimas Durán Barrantes**

Resumen. Este artículo aborda el origen y la evolución de la cadena productiva de la caña de azúcar en el distrito de El General, Pérez Zeledón, entre la segunda mitad del siglo XIX y mediados de la década de 1970. Se analizan aquí, desde la perspectiva de la historia regional, las rutas de desarrollo que emplearon los productores de frontera agrícola para establecer las bases de la actividad cañera en los territorios situados al sur de Costa Rica; así como la incidencia que los procesos de cambio técnico y organizacional, tuvieron en el cimiento de la industrial del azúcar en este sector del país.

Palabras clave: historia – Costa Rica – El General – caña de azúcar – cadena productiva – cambio técnico

Abstract. This article deals on the origin and evolution of the sugar cane production line in the district El General, Pérez Zeledón, between the second half of XIX century and the middle 1970's. The article analyzes from a regional history perspective the development routes used by the producers in the agricultural border to establish the basis of sugar cane activity in the south of Costa Rica; as well as the impact which had technical and organizational changes on the industry foundations of sugar in this part of the country.

Keywords: history – Costa Rica – El General – sugar cane – production line – technical change

Introducción

El desarrollo de la cadena productiva de la caña de azúcar en el sur de Costa Rica ha sido un proceso exitoso que, dependiendo del momento en el cual se observe, puede ser atribuido a una labor individual tanto como a una misión colectiva. En Pérez Zeledón, más concretamente en distritos como El General, de un modelo productivo propio de frontera agrícola, exclusivamente desarrollado y dirigido al autoabastecimiento de las unidades familiares, que mantuvo plena vigencia hasta las primeras tres décadas del siglo XX; se pasó con cierta celeridad, hacia el final de la misma centuria, a contar con una de las cadenas productivas de azúcar más prósperas en el contexto nacional y latinoamericano. Sin embargo, la trayectoria seguida por esta actividad no siempre tuvo un buen suceso y

* Master en Historia Aplicada con Mención en Estudios Agrarios, Sistema de Posgrado de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica. Actualmente se desempeña como profesor de Historia en United World College Costa Rica. E-mail: normanduranbarrantes@costarricense.cr

en importantes tramos de la historia su desarrollo fue difícil. Prueba de lo anterior es el hecho de que aun cuando desde el momento en que se establecieron las primeras colonias agrícolas en esta depresión intermontana y hasta finales de la década de 1960, se desarrollaron constantes intentos para dar solidez al cultivo y al procesamiento de sus derivados; los avances obtenidos por los cañeros de la zona no fueron apreciables, sobre todo en lo correspondiente a su participación en el mercado de los edulcorantes.

Los cambios en la primera etapa de desarrollo de la producción cañera fueron por lo tanto disímiles y se dieron con distinta intensidad. La mayoría de los agricultores tenían una participación fluctuante en los mercados, el Estado realizaba esporádicos aportes que variaban el ritmo del proceso pero que no lograban traducirse en contribuciones sistemáticas hacia un cambio estructural en la forma de producir, los productores carecían de la organización interna suficiente para impulsar transformaciones de importancia en la cadena y los adelantos propios de la “Revolución Verde” tardaban en llegar. Consecuencia de lo anterior, comparada con otras regiones de Costa Rica, la zona se retrasó en desarrollar una cadena de producción realmente competitiva dentro del entorno nacional. Pese a ello, es posible afirmar que durante ese lapso los productores lograron constituir el basamento de una agricultura que posteriormente posibilitó el gran salto hacia la industrialización de la actividad.

Este trabajo es otro acercamiento a la historia generaleña. Restituye el proceso de origen y desarrollo de la producción de caña de azúcar en la región meridional del país, por medio de una perspectiva analítica y metodológica que se inclina hacia el enfoque micro, donde los mismos protagonistas son voceros activos y centrales del estudio. Descubrir y explicar el curso de los hechos constituye la primera tarea planteada en este análisis, por lo que retornando al espacio interno de los sistemas y las unidades de producción se observa el quehacer habitual de los productores y su lucha cotidiana como trabajadores agrícolas. Sin embargo, este es solamente un buen pretexto para tratar de captar la trama de relaciones técnicas, económicas y sociales que se desarrollaron al interno de este universo. Junto al estudio del interaccionar entre actores y componentes, punto relevante de la propuesta es el examen de las circunstancias que condicionaron las variaciones en cada momento histórico y el papel jugado por las redes sociales durante el proceso de construcción de la cadena productiva; mismas que funcionaron como caldo de cultivo para la construcción y reconstrucción del conocimiento técnico y organizacional, permitiendo que ambos fluyeran con cierta constancia y fluidez a todos los rincones del valle.

Desde otra perspectiva, el trabajo conduce a una interpretación más amplia en torno a la historia que tuvo lugar al interior de la actividad azucarera, pues posibilita determinar la incidencia que sobre la trama productiva tuvo, hasta entrada la década de 1970, el marco de políticas implementadas desde el Estado. En muchos casos, medidas institucionales definidas con el objetivo de orientar el modelo agrícola nacional que, de acuerdo al contexto y las intencionalidades, afectaron directa o indirectamente el proceder de los productores e incidieron sobre la actividad socioeconómica de la caña de azúcar, así como en el funcionamiento global de los sistemas productivos que se establecieron en la región.

Rasgos fundamentales de la colonización agraria en el distrito de El General

El General, segundo distrito del cantón de Pérez Zeledón, se emplaza en una depresión intramontana con elementos de transición entre el clima tropical húmedo y el clima tropical seco, la cual posee suelos recientes de topografía irregular, fertilidad media y bien irrigados.¹ Dentro de su territorio pueden definirse al menos cinco zonas agroecológicas que proporcionan mayores ventajas comparativas para el desarrollo de actividades agropecuarias en los sectores de fondo de valle, las terrazas del río General y el pie de monte; presentando limitaciones más amplias para la producción conforme se asciende sobre las laderas empinadas de la falda suroccidental y la región montañosa de la Cordillera de Talamanca.

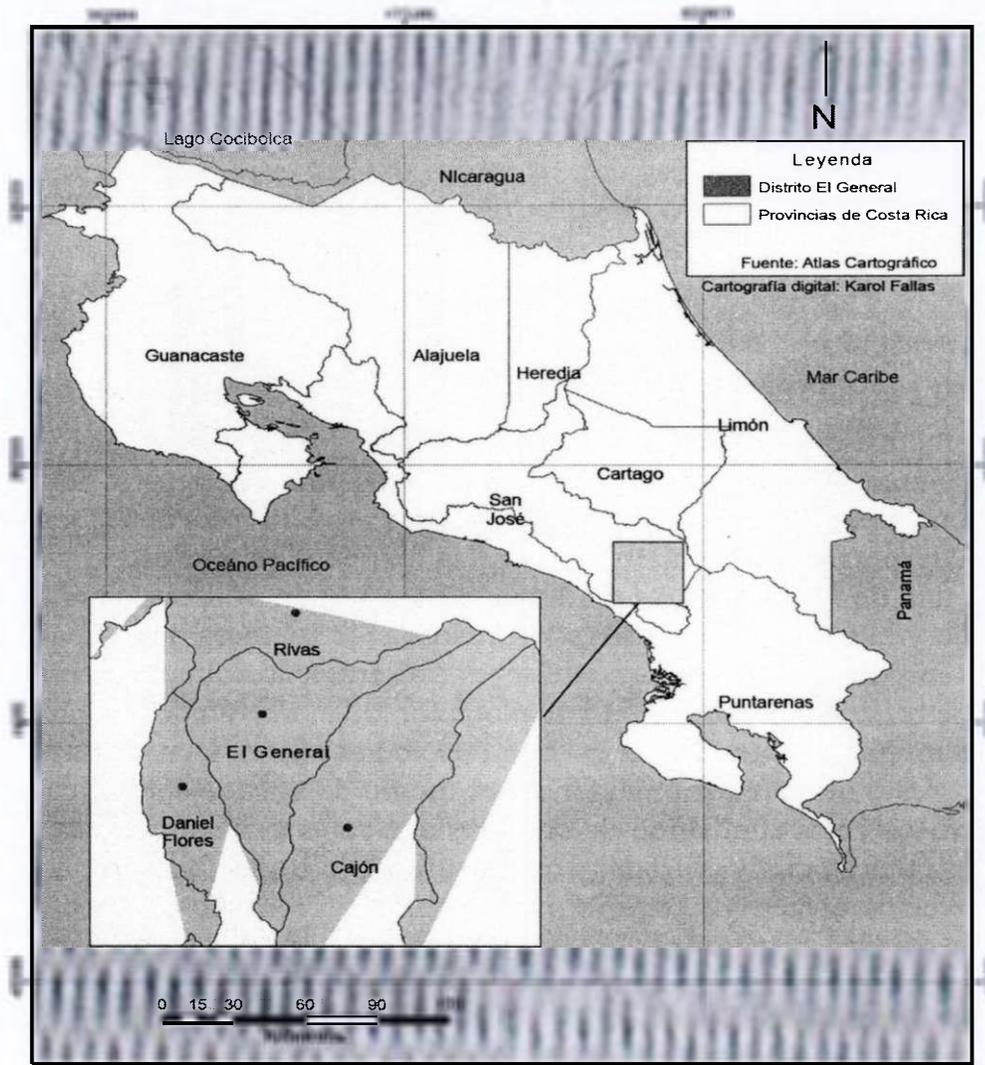
Fueron los pueblos amerindios quienes originalmente se adaptaron a estas condiciones desarrollando una milenaria tradición que dio cabida a las primeras transformaciones del medio con la práctica de diversos tipos de recolección, protección y cultivo. Tales grupos subsistieron al embate de los colonizadores amparados por la geografía del valle hasta entrado el siglo XIX, cuando sucesivas olas migratorias provenientes de la Depresión Central les obligaron a desplazar sus asentamientos hacia los sectores más escarpados de la cordillera. La presencia de los habitantes autóctonos fue vital en la escogencia de los espacios de asentamiento y el trabajo que desarrollaron sobre los sectores de cultivo resultó ser un factor de suma importancia para los posteriores esfuerzos de colonización agrícola.

En lo que se refiere a la ocupación y explotación de la tierra por colonos “blancos”, no obstante a las anticipadas intenciones del Estado Liberal costarricense al tratar de vincular la región con el resto del territorio nacional por medio de vías de comunicación estables y de poblarla a través de la fundación de colonias agrícolas fundamentadas en la inmigración extranjera, tales iniciativas fracasaron a causa de la imposibilidad para implementar en la zona proyectos atractivos para la movilización de foráneos. Lo anterior, producto de la insuficiencia en las garantías que se ofrecieron a los europeos para su desarrollo económico en el país o porque simplemente surgieron como competidores destinos más promisorios para quienes se movilizaban desde el “Viejo Continente”. En consecuencia, fue hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando se establecieron de manera aislada los primeros pobladores vallecentralinos en El General.

A partir de allí se pueden diferenciar cuatro momentos básicos en el proceso de colonización agrícola. El primero se inicia en la segunda mitad de la década de 1850, a partir de una movilización individual y espontánea de migrantes costarricenses con capitales muy reducidos que establecieron en el fondo de valle unidades productivas de autoabastecimiento o desarrollaron actividades de producción alternativas que se ubicaban al margen de la ley, tales como el cultivo tabacalero. Aunque los avances logrados con estos primeros esfuerzos fueron realmente limitados, el movimiento inicial constituyó la base para el despliegue y construcción, en etapas posteriores, de incipientes vínculos migratorios que a la postre constituirían la puerta de ingreso de gran cantidad de personas a dichos sectores.

Una segunda etapa, que podríamos denominar de colonización familiar, se habría iniciado hacia 1910, paralelamente al establecimiento del poblado de Nueva Santamaría, y estuvo caracterizada por la formación de redes familiares de migración. Durante este período las personas que ingresaron fueron sobre todo grupos de agricultores desplazados

MAPA 1
DISTRITO DE EL GENERAL, PÉREZ ZELEDÓN



de la Depresión Central a causa de la presión ejercida por el capitalismo agrario y las sucesivas crisis económicas y políticas que afrontó el país a inicios del siglo XX. Esta nueva oleada migratoria se vio estimulada por el viraje que a finales de la primera década del siglo experimentaron las políticas del Estado que, exigido por los problemas limítrofes en la frontera sur, tendió a desestimar la idea de la colonización extranjera en pos de una mayor presencia de pobladores nacionales en la periferia del territorio. A partir de ese momento, no solo se impulsó la movilización interna y se invirtió en mejorar las condiciones de acceso a El General, sino que se brindó a las gentes que se trasladaban facilidades legales para su asentamiento en los sectores de influencia fronteriza con el fin de salvaguardar la soberanía de los territorios meridionales, sitios que durante décadas habían estado siendo ocupados por “chiricanos” provenientes de Panamá.² Estos nuevos grupos de migrantes, la mayoría de los cuales liquidaron sus posesiones en el centro del país, contaron con una mayor capacidad económica que les permitió ciertas facilidades de inversión; factor que

impulsó la ampliación y diversificación de las prácticas vinculadas al agro, estableciendo las bases de un proceso de diversificación productiva al interno de la región y de diferenciación entre los mismos productores.

Pese a las dificultades de acceso que ofrecía el área y a la poca capacidad mostrada por el Estado para unir dichos territorios con el resto del país, los pobladores lograron crear sistemas de producción diversificados en plena frontera agrícola utilizando en principio las superficies de fondo de valle, para ascender paulatinamente hacia las terrazas del río General y el pie de monte, sectores que ofrecían las mejores ventajas comparativas para el desarrollo de actividades agropecuarias. La mayoría de las fincas que se establecieron durante esta etapa funcionaban como sistemas agroforestales poco tecnificados donde se asociaban labores básicas de tumba de bosque, cultivos diversos y ganadería. Dadas las condiciones de relativo aislamiento, los productos obtenidos eran destinados al consumo familiar o ubicados con grandes dificultades en mercados extraregionales donde fueron vendidos directamente o cambiados por productos de primera necesidad. De este modo se empezó a construir una economía familiar agrícola diversificada que no pudo, sin embargo, superar los límites del autoabastecimiento.

La importancia que tiene el proceso descrito radica básicamente en el hecho de que, hacia las primeras décadas del siglo XX, la sociedad generaleña ya presentaba claras señales de una forma de vida con pruebas de autosuficiencia y diferenciación interna entre productores. Estos elementos, junto a la situación de aislamiento geográfico que a la fecha todavía experimentaba la región, son criterios suficientes para poder afirmar la existencia de una economía agrícola autocentrada que actuaba con cierta autonomía con respecto al contexto socioeconómico nacional.

Cultivo y aprovechamiento de la caña de azúcar durante la etapa de formación y desarrollo de la frontera agrícola en El General

La producción de caña de azúcar —*Saccharum officinarum*— ha sido una de las actividades con más arraigo de todas las que se han desarrollado en la agricultura del Valle de El General desde mediados del siglo XIX. Introducido por los colonos provenientes de la Depresión Central, quienes traían consigo toda una tradición agrícola cuyas raíces se remontaban a la etapa colonial, el cultivo se adaptó rápidamente a las condiciones agroecológicas de la región, integrándose desde un principio en la dinámica de las unidades productivas que se establecieron en la frontera agrícola.³ Empleado en la fabricación de mieles, alcohol, aguardiente y chicha, el producto rápidamente se transformó en uno de los ejes alimentarios de la economía de autoabastecimiento con la que contaban los colonos afincados en la zona.

Al requerir de una serie de elementos y factores básicos para su desarrollo, como la calidad del suelo, la temperatura, el nivel de precipitaciones y el grado de brillo solar, la producción de caña empezó a llevarse a cabo especialmente en las zonas de fondo de valle, en las terrazas del río General y en el pie de monte.⁴ Los primeros cañaverales se caracterizaban por ocupar áreas pequeñas que iban de 0,5 a 3 hectáreas, sembrados con las variedades “criolla” o “cubana”, en cuyo cultivo se utilizaron herramientas simples de madera y hierro como arados tirados por bueyes, machetes, cuchillos, palas y “punzones”.⁵ Adicionalmente,

por tratarse de una práctica efectuada de una forma muy básica, se desarrolló en espacios fuera de los calendarios laborales ya establecidos. Así, el laboreo en caña se llevó a cabo en días que se reducían a los trabajos normales de “voltea y desmonte”, o bien, durante los períodos que los productores lograban liberar como producto de una planificación previa en sus labores cotidianas de siembra, mantenimiento y cosecha.

Cuando se sembraba un cañal se escogían terrenos fértiles de topografía plana y cercanos a las residencias de los agricultores, privilegiando por sobre cualquier otro factor facilitar el acarreo del producto, el cual se realizaba empleando carretas de tracción animal o, de no haber más remedio, en hombros de los mismos interesados. De modo que las plantaciones debían de ser accesibles a cualquiera de las posibilidades mencionadas, por lo cual no resultaba extraño que formaran parte de los “cercos” que comúnmente existían en cada una de las propiedades.⁶ Para “quebrar” una hectárea de terreno entre dos trabajadores se invertía entre dos y tres días de labor pues, como ya se ha mencionado, era una obra que se hacía con tracción animal, utilizando arados con cuchilla de hierro y timón de madera. En la siembra, la cual se efectuaba generalmente a finales de marzo y principios de abril, eran necesarios al menos tres trabajadores y entre una y dos jornadas. Al respecto es pertinente la referencia provista por uno de los campesinos del valle cuando apuntaba:

“La caña se sembraba a punzón; se sembraban mamones tiernos o cojollo, generalmente era cojollo, uno hacía un palo así grueso con punta, y iba uno adelante haciendo güecos y los demás atrás, sembrando. Era un güeco inclinado, un güeco como de media vara de hondo, entonces allí metía uno el cojolliyo, se le cortaba bien la puntica y se redondeaba y se metía ahí”.⁷

El mantenimiento y la cosecha de los cañaverales, dado el carácter de este tipo de producción, también se realizaron durante los períodos en que las fincas tenían menos carga laboral, por lo que resulta fácil advertir que las actividades de cultivo y producción no poseían un orden rígido, ocupando más bien un lugar marginal en los calendarios, lo que de forma indudable era una especificidad del cultivo. Una vez que la caña estaba madura se entresacaba manualmente según las necesidades de abastecimiento, siendo poco frecuente su utilización como un insumo para la alimentación de los animales.⁸ De este modo, para las fincas que estudiamos y de acuerdo a los datos que hemos podido recabar, los productores que cubrían las necesidades de familias extensas “molían” quincenal o mensualmente, mientras los que velaban por un menor número de personas contaban con la opción de distanciar aún más los lapsos entre una molienda y otra.⁹

Si por un momento pensamos en el hecho de que El General de frontera agrícola es un mundo mediocrementemente equipado, al igual como ocurría con la siembra y cosecha, el procesamiento del producto mostraba un nivel muy básico, lo cual hizo que los primeros procedimientos utilizados apenas si pueden definirse como elementales. Esto lo podemos exponer mejor a partir de la descripción brindada por boca de uno de los agricultores de la zona, cuando al describir los pormenores del proceso señalaba:

“Al principio, como la gente que venía era muy humilde y casi que ni herramientas tenía, por lo pobres que eran, lo que se usaba hacer era que se cortaba una carga de caña para hervirla; eso sí, tenía que ser suave, como la rallada o la cubana, sino no servía. Me acuerdo yo estando chiquillo que mi abuela pelaba la caña bien peladita y la hacía en cabitos finos; después la ponían en el fogón en una olla de fierro negro por un buen rato, cuando aquello se iba secando salía una aguadulcilla que era lo único que se lograba de la caña en ese tiempo”.¹⁰

Pese a que en la Depresión Central existían trapiches de diversos tipos, es posible que varios factores hayan influido para demorar el establecimiento de tales instrumentos en la zona. La poca capacidad económica de los productores y las dificultades para el traslado de equipos desde el centro del país eran solo dos de los primeros inconvenientes a resolver. De igual forma, quien tuviera la idea de comprar un trapiche tuvo que reparar sobre el problema de la energía necesaria para dar movimiento a la máquina, la que según el tipo debía ser impulsada por una yunta de bueyes. Esto ampliaba significativamente los costos de la adquisición y sumaba limitantes al plan, sobre todo para unidades que se encontraban en una fase inicial de desarrollo, tal y como lo eran la mayor parte de las fincas a que aludimos. Finalmente, aun cuando hubiese sido posible el transporte de los trapiches hasta el valle y la compra de animales resultara factible, la inversión sería un tanto exagerada e incluso improcedente, máxime si valoramos el hecho de que todavía no existía, ni por asomo, un mercado para la venta de los productos que justificara la inversión.

El exiguo aprovechamiento de la materia prima y la poca cantidad de derivados que se obtenía mediante el “hervido de la caña” eran consecuencias directas de las dificultades que se enfrentaron en la implementación técnica. Dicha situación no pasaba de ningún modo desapercibida para los productores, factor que les impulsó a la adopción de otras rutas de avance a partir de la invención de maquinaria. De este modo, obligados por la necesidad, aprovechando los recursos disponibles y valorando las posibilidades de locomoción con que contaban, desarrollaron su propio instrumental para la molienda de la caña con la construcción de máquinas simples de madera que utilizaban la energía humana como fuente básica para su funcionamiento. Uno de los tantos productores que empleó este método decía al respecto:

“Comenzamos con un majador, aquí la caña se molía con majador en vez de trapiche. Mire, vea, habían dos tipos de majador, había un majador de palanca, en el tronco de abajo se hacían un hueco con formones o con gubias y en la parte de arriba se metían una palanca de cuatro varas de largo, el canal de la mesa se hacía para que apenas cupiera una caña y se hacían zanjitas con formones a los lados y le ponían una lata pa' que saliera el caldo y un carajo metía la caña y el otro en la punta majándola y chaz, chaz, chaz, majándola. Le decían 'majaculo'. Ese era un sistema, y tenían que darle hasta tres pasadas; entonces iban amontonando la caña medio majada y en la otra pasada la torcían un poquito, la iban torciendo y le sacaban más jugo, hasta tres pasadas le daban”.¹¹

El *majador de palanca* o *majaculo* era, además de una invención muy criolla y totalmente original, el producto lógico de un mundo en que la madera era la materia prima universal para la construcción y donde el trabajo del ser humano era la fuente energética por excelencia. Como consecuencia surgió un aparato sumamente económico que no requería gasto alguno y aunque un tanto rústico, aprovechaba con gran creatividad los elementos del entorno. Se construyó utilizando como base el tronco de un árbol sólidamente arraigado que le asegurara la suficiente estabilidad. Además de eso, solucionaba con relativa simpleza otro de los grandes problemas del procesamiento, dado que funcionó estrictamente a partir de la fuerza de trabajo proporcionada por el hombre, lo que evitaba la inversión en animales que proporcionarían energía. De tal modo, los majadores fueron la aplicación práctica de una serie de principios y conocimientos adquiridos en el quehacer cotidiano para la solución de problemas particulares, a partir del empleo de recursos bastante elementales.

Sin embargo, la tecnología descrita fue simplemente el punto de partida, pues aunque se logró un mejor aprovechamiento de la caña de azúcar; tanto en términos cuantitativos, al aumentar la capacidad de molienda; como cualitativos, con la posibilidad de obtener miel, el esfuerzo requerido en la labor fue tal, que solo llegó a cubrir las expectativas mínimas de rendimiento. Sobre el particular doña Dominga Adelaida Rodríguez Jiménez fue muy puntual cuando al hacer una remembranza de sus faenas recordaba:

“‘Lista’ [Evangelista Fernández Elizondo, su esposo] agarraba el palo y empezaba a majar la caña, dele y dele duro; y yo a meter la caña y repararla, porque para que rindiera había que saber meter la caña rápido y con cuidado, porque el que iba majando ni se fijaba y si el otro se descuidaba le majaban los dedos. Era un trabajo muy cansado y se necesitaba fuerza para hacerlo. Después un día los chiquillos agarraron el chunche para jugar, entonces inventamos subirnos ‘a caballo’ en el tronco, y solo pegábamos la punta de las patas al suelo para impulsarnos, entonces era como un subibaja; así uno se cansaba menos, pero era más peligroso para el que metía la caña, porque un majonazo y ahí si es cierto que quedaba jodido. Eran unas matadas las que nos pegábamos para moler un poquitillo y si la cañilla que uno molía era muy mala, a miles penas lograbamos sacar una lata de caldo”.¹²

Inmediatamente después, evaluadas las limitaciones del primero de los inventos surgió, como parte del mismo proceso de desarrollo técnico y de la innegable habilidad empírica de los productores, un segundo tipo de aparato que sería conocido como “majador de tuca”, “majador de tronco” o “sistema alemán”. Artefacto que era descrito por quienes lo utilizaron como “un tuco grande, de unas seis varas de largo, un tuco bien redondítico, que fuera un palo bien redondo y le metían una palanca en el centro y en donde iban a moler la caña, que era una mesa, le hacían las zanjitas. Entonces un carajo le daba media vuelta al palo y otro le metía la caña, era más efectivo, más bueno”.¹³

Con la suma de pequeñas mejoras, como la inclusión de dos palancas en vez de una y el labrado en el tronco de un canal que permitía su montaje sobre una barra en forma de carril dispuesta paralelamente a la mesa, que brindaba la posibilidad de manipular la gran pieza de madera en movimientos constantes sin variar la posición inicial del mazo, el concepto del majador mejoró considerablemente.¹⁴ Aunque se necesitó emplear al menos una persona más en la molienda, fue posible aumentar los rendimientos de la labor tanto por la mayor efectividad que el nuevo diseño mostraba a la hora de convertir la energía en fuerza útil, como por el hecho mismo de que el trabajo necesario para dar funcionamiento al artefacto pudo ser repartido entre dos personas. Con lo que al tiempo que se reducía el esfuerzo individual se ampliaba la cantidad de energía total empleada en la faena.

Al comprender que la debilidad mostrada por las máquinas que se utilizaron en la transformación de la caña de azúcar durante esta etapa dependía sobre todo de un estado tecnológico general vinculado a una estructura económica y social concreta, es posible percibir que la utilidad de estos artefactos fue inobjetable, pues con todo y las limitaciones que mostraban cumplieron a cabalidad con el papel que les fue asignado. Por lo tanto, se puede concluir que los frutos de este proceso de desarrollo técnico fueron satisfactorios, partiendo de la premisa de que en El General de entonces todo cálculo o esfuerzo económico que estuviera por sobre la previsión de lo básico resultaba simplemente imposible de realizar. Por lo demás, la importancia de este peculiar tipo de creación tecnológica descansó en el hecho de que se trataba de un avance exclusivo de los habitantes de

la zona, completamente distinto a los medios empleados con el mismo objeto por otros productores en distintos lugares del país, para los que no se conocen implementaciones de esta naturaleza. De tal forma, la tecnología expuesta en los majadores de palanca y de tronco para el procesamiento básico de la caña de azúcar puede considerarse como una de las manifestaciones del desarrollo autocentrado que tuvo el valle de El General, producto de condiciones geográficas particulares que motivaron cierto aislamiento en el contacto con el resto del territorio nacional, elementos que le asignarían características muy propias a las prácticas que emplearon sus pobladores.

A la falta de trapiches se unía la inexistencia de pailas, hornillas e instalaciones adecuadas para el óptimo desarrollo de los trabajos relacionados con la cocción del jugo de caña. Como consecuencia, durante la etapa de apertura de la frontera agrícola los productores de El General ni siquiera llegaron a producir dulce o panela. Así, después de moler la caña, “el caldito lo usaban para hacer aguadulce, lo hervían, lo hervían y lo hervían hasta que hacían miel y lo guardaban en botellas”.¹⁵ Dado que la cosecha del cultivo se hacía de manera entresacada a lo largo del año, contaba con el inconveniente adicional de que al realizarse “la corta” generalmente la caña no poseía los niveles óptimos de concentración de sacarosa y por lo tanto se dificultaba la obtención de un buen producto. Si a esto sumamos el hecho de que los “majadores”, aun cuando estuviesen contruidos de la mejor forma posible, se veían imposibilitados para extraer la totalidad del caldo de las cañas, tenemos que los rendimientos productivos se mantuvieron a niveles mínimos, por lo cual era virtualmente imposible conseguir excedentes para la comercialización y cada una de las unidades se limitó a obtener sus propios derivados.

El procesamiento, que por lo general se desarrollaba en algún rancho construido como anexo de la casa o en terrenos cercanos a la habitación de los agricultores, podía llegar a ser un proceso pesado y tedioso, por lo que requería de la participación de varios trabajadores a la vez. Para extraer el jugo de la caña era necesario apelar, cuando menos, a un par de individuos que accionaran el majador y a otro que alimentara con caña el rudimentario aparato; dos personas más se ocupaban en la obtención de las mieles, una que “atizara” el fuego y otra que se encargara de mover constantemente el líquido. Esto hacía que empezara a ser notoria una incipiente división laboral por género, dentro de cuyo ordenamiento los varones se hacían cargo de la corta, el transporte y la molienda; mientras las damas se responsabilizaban de la cocción del caldo de caña. Lo importante de este detalle, en apariencia fútil, es que incluso cuando estas faenas no eran las que más trabajo demandaban dentro de las unidades de producción, el bajo nivel tecnológico manejado hacía que se ocuparan varias horas en la labor, obligando a la integración de una buena parte de sus miembros en las distintas fases de la actividad.

Pese a que el procesamiento del producto resultaba un tanto incómodo, los colonos en ningún momento contemplaron su abandono dado que obtenían gran provecho de él. Además de las mieles era común que la caña se utilizara en la destilación ilícita de alcohol para el abastecimiento de la familia, tanto en forma de “aguardiente”, consumida profusamente por los colonos, como para la elaboración de medicamentos caseros. De acuerdo con lo descrito por los agricultores de la zona, en un medio caracterizado por la ausencia de condiciones sanitarias básicas estos “remedios” resultaron esenciales para tratar dolencias y enfermedades en seres humanos y animales. En consecuencia, la aplicación de alcohol

solo o combinado con plantas medicinales u otros elementos químicos se convirtió en una práctica frecuente y muy necesaria ante la falta de medicinas adecuadas. Entre algunos de sus usos se hace referencia a la aplicación de “contrabando” puro para desinfectar heridas; pero también mezclado con plantas como artemisa –*Artemisia absinthium* o *Artemisia vulgaris*– y ruda –*Ruta graveolens* o *Ruta bracteosa*–, o con alcanfor, como una especie de linimento para frotaciones en piernas varicosas o inflamadas; así como para el tratamiento del reumatismo. El guaro de “cabeza” con alcanfor también se empleaba para frotaciones en caso de gripes o resfríos; combinado con romero –*Rosmarinus officinalis*– era medicación frecuente para contrarrestar las infecciones en los oídos; compuesto con saragundí –*Cassia reticulada* L – como desinflamatorio; en infusiones con cogollos de *naranja agrio* era usado para el tratamiento de los nervios; con hoja de sen –*Cassia angustifolia* Vahl– para purgas y con juanilama –*Lippia alba*–, hombre grande –*Kaccia amara* L.– o menta –*Mentha x piperita*– para la cura de problemas digestivos.¹⁶ En el caso del tratamiento de los animales se empleó básicamente para desinfectar heridas, para combatir tórsalos y “gusaneras”, en el control del “hormiguillo” que afectaba los cascos y pesuñas de los caballos y el ganado; así como para su uso en prácticas quirúrgicas como el castrado de las bestias.¹⁷ Otras de las formas en que se empleó el cultivo fue en la fabricación de los techos de las casas y ranchos. Para esto eran recolectadas las mejores hojas secas del cañal, se mojaban para darles flexibilidad y se entrelazaban, doblándolas sobre un enrejado dispuesto para tal fin en la parte superior del edificio. Aunque evidentemente fue un material de construcción de poca resistencia y confiabilidad, al menos hasta la década de 1930 no hubo otro que lo sustituyera.

Las variadas formas en que se aprovechó la caña y el papel que jugó en el abastecimiento de las fincas la convirtieron en un elemento imprescindible dentro de los sistemas de producción que se desarrollaron en la frontera agrícola. Pese a ello, al igual que otros tipos de producciones existentes en el período, no logró superar las limitaciones impuestas por el contexto y solo pudo desarrollarse hasta el punto en que se ubicaba el umbral establecido por las condiciones de aislamiento en que se encontraba la zona, haciendo inviable el florecimiento de cualquier tipo de práctica comercial en torno a la actividad. Sin embargo, el poco crecimiento de la producción no estuvo estrictamente limitado por la carencia de vías de comunicación o de avance técnico, pues un factor de gran importancia que contribuye a explicar el mínimo progreso obtenido en este renglón hasta las primeras décadas del siglo XX, también estuvo vinculado al origen geográfico de los migrantes que arribaron al valle. En este sentido es conveniente señalar que la mayor parte de los colonos llegaron desde regiones típicamente cafeteras y por lo tanto sus intereses siempre estuvieron dispuestos en torno a la producción del grano. En consecuencia, aun cuando este tipo de productores manejaban un antiguo contacto con la producción de caña, desarrollaron de manera preferente una cultura agrícola de índole cafetera y en su “saber hacer” fue predominante el desarrollo de esta actividad. De tal forma, inclusive cuando trataron de aprovechar al máximo los beneficios que podían extraer del cultivo de la caña de azúcar, les faltaba mucho bagaje en este campo o por lo menos el suficiente para impulsar un cambio productivo basado únicamente en el conocimiento y la experiencia sobre la actividad.

La apertura del mercado y su influencia en el procesamiento de la caña de azúcar

En 1931, con el cantonato de Pérez Zeledón y la llegada del transporte aéreo a la zona, se iniciaría la etapa de vinculación incipiente al mercado. Aunque restringido y manipulado por los comerciantes e intermediarios, la apertura de nuevas posibilidades de comercio dinamizó la economía haciéndola ingresar en otra esfera de desarrollo, conectando al valle con la Depresión Central y generando nuevos circuitos comerciales como el que se estableció con la compañía bananera en el Pacífico Sur. El transporte aéreo contribuyó en términos generales con el mejoramiento de las condiciones de vida de los pobladores de la zona e impulsó nuevos procesos de valorización de la tierra, de los productos que de ella se obtenían y en consecuencia del trabajo de sus habitantes. Todo lo anterior favoreció el establecimiento en el cantón de un embrionario sector comercial compuesto por negociantes provenientes de las principales ciudades del país que llegaron a especular con el desarrollo de actividades comerciales de variados productos. Como consecuencia de este proceso, muchos bienes que hasta entonces habían carecido de un valor monetario o que se intercambiaban a pequeña escala y por precios ínfimos al interior del valle, tendieron a valorizarse y a seguir las recién inauguradas vías de intercambio.

Para mediados de esa década de 1930, aun cuando el cultivo y la producción de caña de azúcar en el distrito conservaron sus características originales, la expectativa surgida con la apertura de nuevas posibilidades comerciales contribuyó a que se presentaran importantes cambios en el procesamiento del producto. En primer lugar se difundió la construcción de trapiches de madera movidos manualmente o por tracción animal, los cuales eran traídos de “afuera” o elaborados por los mismos agricultores de la región con base en modelos importados desde la Depresión Central. Asimismo, los lugares en que se procesaba la caña empezaron a experimentar ciertas transformaciones, sobre todo con la construcción de hornillas y el uso de pailas, lo que permitió a los cañeros obtener una palpable mejora en sus rendimientos e incursionar en la producción nuevos tipos de derivados como las mieles, el dulce y golosinas del tipo de la melcocha o “perica” y el sobado.¹⁸

A este punto, pese a que la transformación de la actividad productiva fue evidente, llama poderosamente la atención el hecho de que aun cuando el proceso experimentó importantes cambios durante la etapa, siguió siendo una labor lenta que demandaba una gran cantidad de brazos para su ejecución. Por otra parte, la misma escasez de recursos económicos para invertir en equipos y la ausencia de experiencia o criterios técnicos acertados hicieron que la implementación de mejoras suscitara gran cantidad de contratiempos para los productores. Por ejemplo, en el caso de los trapiches de madera, su uso constante ocasionaba que las “mazas” se desgastaran fácilmente y no molieran de forma óptima, haciendo que se tuviera que “reparar la caña”, lo cual acarreaba un sinnúmero de dificultades que exigían una mayor inversión de tiempo y trabajo. Tampoco los primeros quemadores y pailas instaladas llegaron a funcionar todo lo bien que se hubiera querido, dada la impericia de los constructores y lo limitado de los diseños que se implementaron. Estas construcciones eran básicamente hornos sobre los cuales se colocaba la paila y donde el calor salía por la misma puerta desde la que se alimentaba el fuego, su mayor problema era la ausencia de chimeneas y aberturas por donde evacuar el humo y los restos de madera incinerada. En consecuencia, en estas instalaciones se trabajaba afrontando problemas constantes pues, tal y como lo relataba don Benjamín Solís Elizondo:

“Lo que se usaba de carguero eran los palos de guarumo que tienen mucha agua, para que no se quemaran tan rápido; pero, ni así, la leña no rendía nada y la hornilla se empachaba cada rato y había que estar moviendo y acomodando la leña y había que parar los bueyes y entonces era muy lerdo para moler y uno tenía que mañanear mucho para moler con los bueycillos y se llevaba uno hasta tres, cuatro o cinco horas para sacar una tarea. Y como no había chimenea, usted tenía que meter la leña de medio lado porque sino se suasaba toda la cara y se quemaba, porque lo que salía era un chiflón de fuego, entonces era muy incómodo para trabajar”.¹⁹

La cita es clara al atestiguar los inconvenientes que afrontaron los productores en sus primeros intentos por obtener nuevos productos y mayores volúmenes de producción; pero también evidencia que dichos problemas no eran otra cosa que el fruto natural del cambio y prueba de que la producción había ingresado en una nueva etapa de desarrollo. Este nuevo orden, que amplió los volúmenes de trabajo y profundizó la concentración de las labores en un mismo lugar, hizo más complejas las relaciones laborales al exigir, entre otras cosas, el aumento del número de trabajadores, cierta especialización en la ejecución de tareas determinadas y la aparición del trabajo asalariado.

En primera instancia, el número de trabajadores en los trapiches aumentó, pues requería de cinco o seis individuos como mínimo. Al aumentar el volumen del trabajo se ampliaron los requerimientos de fuerza física, por lo que paulatinamente se relegó la participación femenina a labores de postproducción que en ese momento “consistía en preparar las hojas y las venillas, para luego amarrar el dulce en las tamugas y los atados”.²⁰ Surgieron entonces verdaderas cuadrillas de trabajadores compuestas por figuras como el *trapichero*, cuya labor era moler la caña y, por lo general, comandar las labores de fabricación; el *hornillero*, encargado de alimentar los quemadores, y el *pailero*, cuya labor era velar por la preparación de las mieles. Otros puestos fueron ocupados por el *boyero*, encargado del transporte de la leña, de la caña y de que los animales, una vez enyugados al trapiche, proveyeran constante movimiento al engranaje; lo mismo que por el *ayudante* —del trapichero—, quien tenía en sus manos la función de quitar y botar el bagazo que salía de la máquina. Cada uno de estos hombres combinaba su oficio principal con un sinfín de pequeños trabajos que imprimieron un cambio a la naturaleza de la molienda, distanciándola cada vez más de una actividad familiar de índole netamente artesanal para darle al proceso cierto matiz fabril.

Entre las innovaciones suscitadas durante el período, que proporcionan un nuevo plano visual del proceso de cambio que estamos analizando, también se puede citar la intervención de mano de obra contratada en el procesamiento de la caña de azúcar. Esto fue una modificación de gran importancia para una actividad que hasta entonces se había mantenido circunscrita a la participación familiar o al intercambio de trabajo de una forma cooperativa entre vecinos. Aunque dicha ayuda inicialmente revistió un carácter de cierta informalidad, pues era un recurso del que los productores echaban mano solamente de forma ocasional, con mayor frecuencia se empezaron a pagar salarios en especie o en moneda, evidenciando el origen de un nuevo tipo de relación laboral hasta entonces desconocida en el ámbito de la producción cañera de El General.²¹ Como es evidente, esta demanda de trabajo se mantuvo en niveles muy por debajo de los requeridos, por ejemplo, para la producción de café. No obstante, se trataba de un tipo de contratación que revestía un carácter particular, pues a diferencia de otros tipos de labor agrícola se buscaba a

personas con mayor pericia, las cuales eran requeridas para el desarrollo de labores como las de *trapichero*, *pailero* u *hornillero*, en cuyo desempeño se reclamaba un mayor nivel de destreza o capacidad física.

Este tipo de empleo selectivo ponía de manifiesto varios elementos de relevancia. Por una parte resultaba claro que el interés por personas con cierto grado de cualificación era una respuesta de los productores a las exigencias de un mercado que requería mayores niveles de productividad, así como una estrategia para mejorar la calidad de los productos y proveerlos de un mayor atractivo, sobre todo, ante la posibilidad de que fueran puestos a la disposición de consumidores que ante la creciente oferta se volvían cada vez más exigentes. Sin embargo, tampoco se puede dejar de lado el hecho de que en la contratación de personas con cierta experiencia mediara el imperativo de proveer una mayor seguridad a la ejecución del trabajo, dado que algunas de las faenas del trapiche podían resultar muy peligrosas como para que fueran realizadas por los propios miembros de la familia o por personas sin experiencia alguna. Aunque para el caso fue imposible obtener estadísticas acerca de accidentes acaecidos en este tipo de espacio laboral, que nos brindaran un panorama más claro de la problemática que en este aspecto se afrontaba, la profusa cantidad de narraciones sobre este particular nos lleva a inferir que se trataba de un tipo de contratiempo bastante común. De acuerdo con los relatos de personas que laboraban en trapiches hacia la época, la gran cantidad de percances de este tipo que ocurrían en la molienda generalmente obedecían a errores humanos y se presentaban porque en esos lugares “trabajaban muchos carajillos, que por no saber del trabajo, por puro descuido o por andar chiroteando, sufrían todo tipo de desgracias”.²²

Los incidentes a que se hace referencia, además de frecuentes, eran de los más variados tipos, pues comprendían desde majonazos, quemaduras y cortadas leves hasta sucesos lamentables que ponían en jaque la integridad de los trabajadores. Un ejemplo impactante de este tipo de calamidad fue el que le sucediera a Ramón Rodríguez Segura, mejor conocido en su vida adulta como *Moncho Gurbia* o *Moncho El Manco*. Ramón, que para ese momento contaba a lo sumo con una edad de 13 años y trabajaba en uno de los trapiches de la zona, incurrió en un desliz que le hizo víctima de uno de los más recordados y lamentables accidentes laborales que por aquella época sucedieran en el distrito:

“A Moncho lo dejaron por un rato metiendo la caña en el trapiche; pero en un descuido la máquina le agarró el brazo. Cuando se dieron cuenta y pararon los bueyes por los gritos que daba el pobre muchacho, las mazas le había molido hasta pa’ arriba del codo. La imagen fue tan dura que por un momento nadie supo que hacer y todos se quedaron como en misa; así parados, como estatuas, solo viendo lo que había sucedido. Imagínese usted ver un muchacho, más bien era como decir un chiquillo, con el brazo metido en el trapiche y totalmente molido. Pero lo peor de todo fue la sacada, porque como estaba prensado inmediatamente tuvieron que echar los bueyes pa’ atrás y soltarlo, entonces hubo que repararle el brazo. Aquello fue tremendo, porque mientras lo sacaban los gritos que pegaba el chiquillo se oían por toda parte. Entonces el caldo empezó a salir con un color de lo más feo, porque como iba revuelto con sangre, se hizo más negro de la cuenta”.²³

El lamentable estado en que quedó el joven requirió de la inmediata amputación de su extremidad izquierda; que según los testigos, después de ser librada, había quedado

“como un bagazo a medio moler”.²⁴ En breve se improvisó la operación y sus compañeros fueron en busca de Trinidad Montero, curandero improvisado que de acuerdo al relato era la única persona que se atrevía a hacerse cargo del asunto:²⁵

“Ya que la operación se realizó bastantes horas después, pues don Trino aunque estaba en El General se encontraba un poco distante y era difícil llegar por los malos caminos que había en la montaña; al muchacho le ligaron el brazo para detener la hemorragia, le dieron *pastillas orientales*, que eran las únicas que habían en ese tiempo, lo aturugaron de guaro y le pusieron en la herida del mismo contrabando. Cuando llegó don Trino no hubo de otra que cortarle el brazo con un serrucho, porque el cuchillo no sirvió, entonces usaron el contrabando como anestesia. Finalmente nunca se supo si Moncho se desmayó de la borrachera o del dolor, lo cierto es que la operación se hizo. Trino le amputó el brazo lo mejor que pudo, pero al final no le dejaron la suficiente piel para cubrir la herida y nunca le sanó bien, a diario se andaba lastimando”.²⁶

La constante repetición de imágenes tan siniestras como la descrita, a las que se podían sumar quemaduras graves en las hornillas o en la manipulación de las mieles, así como accidentes en las pailas hirvientes, fueron otro de los motivos que impulsaron a los productores a la búsqueda para este tipo de labores de personas con experiencia y oficio demostrado. En cualquier caso, la contratación de operarios con cierta especialización era una prueba de que la producción de caña era ya lo suficientemente rentable como para cubrir los costos que significaba el pago de salarios, lo que resultaba sintomático de un proceso en que la actividad, desde el espacio privado de las unidades productivas, tendía a traspasar el delicado tejido que la separaba del ámbito externo.

Pese a ello, con todo y los avances logrados hasta la primera parte de la década de 1940, los productores del distrito no experimentaron el despegue económico que hubiesen deseado para los distintos tipos de producción agropecuaria que estaban desarrollando. Lo anterior obedeció fundamentalmente al atraso que seguían presentando las vías de comunicación terrestre que vinculaban hacia San Isidro y de ahí a la Depresión Central. Esta misma dificultad hizo que los cañeros fueran excesivamente cautos a la hora de invertir en campos como la ampliación y mejoramiento de los cultivos, en optimizar sus instalaciones y en la compra de nuevos equipos, dado que aunque la expectativa sobre la apertura de nuevas rutas de tránsito tenía plena vigencia, nada les aseguraba que en lo inmediato llegarían a ser beneficiarios directos de dichos adelantos.

La Carretera Interamericana y su impacto en el desarrollo de la cadena productiva de la caña de azúcar

Para dicha de los agricultores generaleños la espera no fue prolongada, ya que en 1946 se abrió el tramo de la Carretera Interamericana que comunicaba a Pérez Zeledón con la Depresión Central y dos años más tarde, inmediatamente después de la Guerra Civil de 1948, el distrito quedaba comunicado con el principal centro cantonal gracias a una “trocha” que, por primera vez, permitió el acceso de vehículos automotores hasta sectores cercanos a los poblados de El General.²⁷ Estos adelantos propiciaron una mayor fluidez en las comunicaciones y en el intercambio de mercancías, así como la disminución

en los costos de los fletes. Con esta nueva situación comercial la producción agropecuaria empezó a disfrutar de contactos más estables con el mercado e inició un nuevo y más articulado proceso de modernización.

A partir de 1948 la producción y venta de derivados de la caña se intensificó considerablemente a nivel del cantón. Por una parte la población había crecido, con lo que paulatinamente aumentó la demanda del producto, hecho que aunado a la mejora general del poder adquisitivo de los trabajadores permitió ampliar los niveles de consumo interno. Por otro lado el comercio por tierra con el centro del país se hizo más accesible, surgiendo nuevas posibilidades para la colocación de bienes en mercados extraregionales y finalmente, la Fábrica Nacional de Licores (FANAL), por medio del Consejo Nacional de Producción (CNP), inició la compra de "marqueta", materia prima básica para la elaboración de alcohol y licores.²⁸

Pese a que en menor o mayor medida todos los acontecimientos citados incidieron en la actividad, fue sobre todo la dinámica comercial desplegada por el Estado la que impulsó el despegue azucarero hacia una nueva etapa de desarrollo. Este súbito interés en la producción del valle es posible de explicar por la presencia de una coyuntura donde la demanda de materia prima por parte de "La Fábrica" superaba con creces la oferta de dulce y panela que se estaba produciendo en las zonas productivas tradicionales. Además, la existencia de estos contratos productivos indudablemente sirvió a los intereses gubernamentales como una tentativa inicial para la integración comercial de regiones periféricas que, como la parte sur del país, se habían mantenido al margen del mercado nacional. Y al grupo gobernante recién ascendido al poder, producto de la Guerra Civil de 1948, como una forma de retribuir la ayuda recibida por algunos de los productores de la zona durante el conflicto bélico que había tenido en El General uno de sus principales escenarios.

Aunque no todos los productores contaron con la misma suerte, pues según algunos de los informantes, en la firma de contratos con el Consejo Nacional de la Producción parece ser que la filiación política vino a ser un criterio fundamental de escogencia, privilegiándose a aquellas personas cuyo pensamiento era coincidente con el del grupo dominante y marginando a los opositores como una forma solapada de represión, lo cierto es que en poco tiempo el sector dio un salto impresionante en términos productivos. De este modo algunos cañeros de sitios como El General, que se habían mantenido produciendo cantidades limitadas de dulce para el consumo de los pobladores locales y para determinados nichos de mercado fuera del valle, vieron crecer su producción a límites hasta entonces insospechados. Un ejemplo del frenesí productivo que se desató en relación con la firma de los contratos con la Fábrica y que nos da una idea de la magnitud del cambio nos lo proporciona uno de los trapicheros beneficiados, cuando apuntaba:

"Hacíamos nosotros marqueta, el quintal valía catorce colones, y nosotros llegamos a hacer seiscientos quintales en un año. Nosotros en un año molimos tres meses día y noche, teníamos siete yuntas de bueyes, con un trapiche de dos pailas y a puro buey, a puro buey 'cholo', ¡viera que trabajada!"²⁹

La mayor disponibilidad de recursos y las necesidades planteadas por el acelerado crecimiento de la producción obligó a los productores a implementar un nuevo proceso de ajuste técnico en el procesamiento de la caña de azúcar. En busca de la ampliación de los

rendimientos y de una mayor productividad para dar abasto con la demanda de panela, tuvo lugar otra ola de mejoras en lo referente al equipo y las instalaciones; pero además, surgió un renovado interés por avanzar en aspectos como el mejoramiento de los cultivos y en depurar las técnicas de producción que desde antaño se venían utilizando. Los indicios de cambio se empezaron a dar con la implementación de trapiches de hierro, los cuales, aunque introducidos en Costa Rica desde finales del siglo XIX, fueron llevados tardíamente a El General hasta la segunda mitad de la década de 1940. Casi inmediatamente después, hacia principios de la década de 1950, el señor Máximo Alfaro establecía la primera de estas máquinas impulsadas por motor. Su instalación contaba con dos pailas y hornillas provistas con parrillas de piedra y chimenea, con lo que el cambio tendió a adquirir dimensiones revolucionarias, pues tal y como lo recuerda uno de los tantos curiosos que tuvo la oportunidad de asistir en el momento oportuno a echar un bien merecido vistazo a tan impresionante adelanto, “¡aquello era una belleza! porque de eso aquí [al Valle de El General] nadie, nadie, había traído”.³⁰

Con relativa prontitud los adelantos más accesibles de adquirir y poner en marcha se popularizaron en los trapiches del distrito, sobre todo, aquel tipo de mejoras que no requerían de grandes inversiones y podían ser implementadas por los mismos productores. En primer término fue la doble paila, cuya construcción reportaba un significativo ahorro de tiempo y mano de obra, pues posibilitaba sacar dos “tareas” de forma paralela. Sin embargo, el establecimiento de dos recipientes para la cocción del caldo de la caña solo fue una realidad gracias al nuevo diseño de las hornillas, que permitían un aprovechamiento más eficiente de la energía disponible. La renovada estructura de estos quemadores, que ahora contaban con chimeneas altas, simplificó la faena de alimentar el fuego, pues al evacuarse el humo por dichos canales el accionar de los operarios se facilitaba. Por su parte, la introducción de previstas para la entrada de aire mejoró radicalmente los niveles de ignición con lo que el aprovechamiento del combustible se llevó a niveles máximos, obteniéndose temperaturas constantes que facilitaban lograr, con relativa celeridad, el punto óptimo para la preparación de las mieles. De esta forma quedaron atrás las constantes paradas e interrupciones que, al interferir el proceso demoraban la labor y ampliaban los costos productivos. Finalmente, al emplearse trapiches que exprimían mejor las cañas y hacían posible la evacuación de los residuos calcinados mientras el horno se encontraba en funcionamiento, el bagazo seco se convirtió en un combustible de fácil acceso, reduciéndose los gastos que acarrearba el uso de madera y permitiendo la integración al proceso productivo de todos los subproductos derivados.

El impacto de las mejoras técnicas no tardó en hacerse evidente, sobre todo, al introducir diferencias sustanciales entre productores. Como es de suponer, los cañeros que se mantuvieron produciendo dulce a pequeña escala sin invertir en innovaciones para su instalación, no experimentaron mejoras significativas. Por su parte, las unidades que instalaron trapiches de hierro para la producción de dulce y panela, que adicionalmente cambiaron el tipo de hornillas e implementaron dos pailas, pero que mantuvieron la tracción animal, aun cuando afrontaron la necesidad de emplear al menos un *pailero* más, estuvieron en capacidad de disminuir el tiempo requerido en la “molida”, por lo que fueron beneficiarios de un aumento global en su productividad. Pero el mayor cambio lo experimentaron sin duda aquellas instalaciones que contaban con trapiches más tecnificados, cuya principal finalidad era la producción de marqueta pues, de acuerdo con el testimonio de uno de los

productores, “cuando eran trapiches de motor se ocupaban solamente cinco trabajadores, porque onde molían estaba el que muele y el que bota el bagazo, un hornillero y dos pa' chorrear. Y parece mentira, pero todo funcionaba mejor, porque ya uno con un trapiche de motor, nosotros sacábamos cada dos horas una tarea”.³¹

En consecuencia, al no requerir de un boyero, estas unidades de procesamiento lograron mantener estable el número de trabajadores, mientras reducían considerablemente el tiempo empleado en la elaboración del producto. Es posible asegurar, sin embargo, que a la mayor parte de los finqueros convertidos en proveedores de la Fábrica la nueva posibilidad comercial los seguía tomando por sorpresa pues, con todo y las mejoras que habían articulado, no lograban dar con la solución para atender sin presiones las demandas del contratista. Así, al acercarse las fechas en que llegaban los camiones de la FANAL a recoger el producto y en vista de la cantidad de trabajo pendiente, algunos de ellos se vieron en la necesidad de innovar sobre la marcha para poder cubrir los contratos. Uno de esos casos fue el de la familia Solís, que estuvo en la necesidad de reorganizar de forma íntegra su calendario laboral:

“Éramos diez hombres hermanos y papá y las muchachillas, y entonces cuando había que entregar [marqueta a la Fábrica] hacíamos dos cuadrillas. Entonces nos dividíamos el trabajo en jornales, un jornal cada cuadrilla, de día y de noche, porque esas oportunidades nunca se aparecían por aquellos lados y no se podían dejar pasar”.³²

Dado que se trataba de la fabricación de un nuevo tipo de producto, en estas fincas también resultó necesario introducir variaciones en los pasos que seguía el procesamiento, pues la panela vendida al Estado era diferente al dulce que se acostumbraba fabricar en los trapiches de la zona, especialmente en lo que refería a la presentación final, ya que en lugar de pequeñas tapas de aproximadamente dos libras y media de peso, la marqueta era un bloque que debía pesar cerca de un quintal, por lo que en su elaboración se necesitó seguir otro tipo de procedimiento. Esto llevó a que los productores aprendieran que era indispensable dedicar por entero algunas “tareas” a la preparación de grandes cantidades de tapas de dulce, las cuales eran el componente principal de estos grandes trozos de material compacto. Una vez que se acumulaba la cantidad de lo que en este caso podía considerarse como un bien intermedio, se emprendía la preparación de la *marqueta*. Para ello se elaboraba una molida con mieles de buena textura y se preparaban al mismo tiempo varios cajones de madera en cuyo fondo se vertía una capa de dulce fundido que se dejaba enfriar; “después, entre los cajones donde hacían la marqueta, que eran moldes cuadrados de doce o quince pulgadas en cuadro, había que echarle tapas, tapas. Primero tapas, después dulce y después más tapas, tres hileras de tapas, porque sino se esponjaban, entonces eso era para enfriar la otra [capa] y más ligerito se endurecía [el dulce]”.³³ Del resultado de la operación dependía conseguir una marqueta de buena clase, cuya calidad se definía tomando como criterio fundamental la consistencia del producto. Lo anterior resultaba vital para su procesamiento en la Fábrica y facilitaba el manejo de grandes cantidades de dulce que, en este caso en particular, tenía que transportarse algunos kilómetros en carreta por caminos secundarios hasta las comunidades de Palmares o Repunta, donde aguardaban los camiones recolectores que posteriormente debían llevarlos hasta su destino final en San José.

Tan necesarios como los requerimientos de forma fueron las mejoras en la calidad del producto, dado que los bienes ahora comercializados requerían de ciertas condiciones básicas para su aceptación en la industria de alcohol y licores. En este aspecto, a falta de cualquier tipo de asesoría técnica fue crucial el papel desempeñado por los pobladores que, como producto de las últimas oleadas migratorias habían llegado al valle provenientes de lugares como Grecia, Palmares y San Ramón de Alajuela, sitios en los que el cultivo de caña y la producción de dulce tenía más tradición. Fue así como, según recuerda uno de nuestros informantes:

“... comenzaron a venir gentes de afuera a trabajar y hacían muy buen dulce, esas gentes trabajaban muy bien y aquí aprendimos nosotros con esa gente que vino, nos enseñaron como se escachazaba bien una tarea y como había que darle buen punto. Aquí era muy rústico y no se limpiaba bien el dulce, mas habían algunas gentes que a uno le daban aguadulce y quedaba un asiento ¡así de arena y tierra! Y ya después nosotros aprendimos a escachazar bien escachazado. Aquí uno le echaba, digamos, un baldado de baba al caldo y lo eschachazaba una o dos veces y después aprendimos nosotros que había que eschacharlo por lo menos diez veces echándole poquitos, poquitos, no era necesario echarle mucho para que quedara bien limpia la tarea”.³⁴

De acuerdo con lo anterior, es claro que los adelantos introducidos en la actividad, aun cuando encontraron en el Estado a un impulsor primario que posibilitó el mejoramiento de la infraestructura vial y la apertura de nuevas posibilidades comerciales, también fueron posibles por el interés particular de los productores, quienes mostraron gran apertura al cambio acogiendo todas y cada una de las oportunidades que se abrieron. Por esto, una vez que los cañeros se habían convencido de los grandes beneficios que en corto tiempo habían logrado percibir del influjo técnico y de la adquisición de nuevos conocimientos sobre el procesamiento de la caña de azúcar, fueron ellos mismos los que se preocuparon por superar sus “techos” de rendimiento, ahora mediante la gestión de cambios en áreas del proceso productivo que reportaban un atraso palmario. Uno de los campos en donde se centró este interés fue en la transformación de los cañaverales, pues las prácticas de cultivo se habían mantenido prácticamente inalteradas desde sus inicios a causa del desconocimiento técnico de los productores, los cuales tenían como únicas fuentes de aprendizaje la observación y la práctica. Producto de lo anterior, en la zona se había desarrollado un tipo de cultura agrícola caracterizada por la poca inclinación a la inversión de capital y recursos en la mejora de sus cultivos, de tal modo se seguían estableciendo y asistiendo los sembradíos de la manera tradicional, basada en cuidados tan básicos como la deshierba o la “aporca”, sin haberse llegado, ni mucho menos, al empleo de abonos u otros insumos.³⁵

La primera de estas variaciones tuvo lugar en el campo de los métodos de cultivo y radicó en cambiar la forma tradicional de *siembra con punzón*, por la *siembra múltiple*; la cual consistía en cavar sobre el terreno hoyos cuadrados de “media vara”, donde se entrecruzaba varias semillas para lograr el crecimiento de cepas de mayor tamaño. Con esto, el productor conseguía ampliar la cantidad de plantas por unidad de cultivo, logrando un aprovechamiento más intensivo del espacio. Pero fue el interés por lograr un mejor aprovechamiento de los nuevos equipos lo que dio lugar a las principales transformaciones en este campo, mismas que vinieron principalmente por vía de la introducción de nuevas variedades. En este sentido, si examinamos el proceso productivo detenidamente, es posible darse cuenta

que desde un principio el problema con los rendimientos estuvo ubicado específicamente en el tipo de cosecha que se realizaba. Al practicarse el entresacado en más del 95 por ciento del área de cultivo, la caña muchas veces se cortaba antes de su maduración o con posterioridad la misma, por lo que los niveles de concentración de sacarosa en la planta generalmente no fueran los óptimos y los rendimientos resultaran deficitarios. Sin embargo, dado el tipo de funcionamiento que seguía la cadena agroalimentaria, donde no existía una etapa de cosecha propiamente dicha y la demanda de producto se extendía a lo largo del año, era prácticamente imposible revertir esta situación.

El segundo gran problema radicaba en que generalmente se habían utilizado variedades muy simples como la caña “criolla” o la “cubana”, que descritas por quienes las cultivaron “eran unas cañillas que se criaban chiquitillas y veloriceaban cada nada y la caña por verolicear pierde mucho azúcar y por eso eran unas cañillas que no rendía nada”.³⁶ En vista de las circunstancias, a principios de la década de 1950 productores como Roberto Madrigal dieron inicio al proceso de mejoramiento en este campo, cuando empezaron a buscar nuevas semillas y lograron la introducción de variedades de caña desde la parte occidental de la Depresión Central. La primera de ellas fue la *mayanés* y posteriormente se introdujo la denominada *piojota negra*; pronto, por medio de la venta, el intercambio o las regalías, ambos tipos de semilla se propagaron por todo el valle.

Pese a la acogida, por su naturaleza empírica, el proceso para la implantación de las nuevas variedades se convirtió desde un principio en un constante ensayo de prueba y error, pues al desconocerse muchas de las características de las nuevas plantas su establecimiento final dependió de la experiencia derivada del trato y la manipulación de los cultivos. Así, una vez que se empezó a trabajar con las variedades recién llegadas los productores lograron percibir un aumento inmediato en los rendimientos, especialmente con la caña *mayanés*; pero al mismo tiempo se dieron cuenta de las limitantes que presentaba esta variedad, porque en opinión de quienes tuvieron contacto con ella, “tenía un pelerío y era muy fea para trabajar y para coger la caña, porque una que otra hoja se enredaba entre la caña y ¡jueputa!, se le metía a uno entre el pescuezo y viera que hijueputa, que montón de espinas y para envolver dulce no servía por eso, porque era un espinero de los diablos”.³⁷ Es interesante notar que la persistencia temporal de recuerdos y sensaciones tan negativas en torno a la relación con un cultivo de tales características resulta una prueba significativa del serio problema que, para personas que realizaban la totalidad de las labores de forma manual, representaba batallar en tales condiciones. Por consiguiente, para los productores las limitaciones de esta variedad quedaban debidamente objetivadas.

En el caso de la otra opción; es decir de la *piojota negra*, se trataba de un tipo de planta de buen tamaño y grosor que producía una excelente calidad de dulce. No obstante, de acuerdo con la experiencia de los mismos productores, el problema con esta caña se originaba en que “había que cortarla bien sazona, porque si iban cañillas celes no cuajaba el dulce, porque eran pura cera”.³⁸ La solución técnica que los productores dieron a los contratiempos derivados del trato con las nuevas variedades fue tan lógica como creativa, ya que combinaron la producción de ambas para aprovechar sus características particulares. Utilizaron la *mayanés* para moler durante la mayor parte del año, en especial cuando no podían utilizar la *piojota negra*, pero mantuvieron a la segunda para explotarla exclusivamente en sus momentos de maduración y, en el caso de los productores que lo requerían, para aprovechar sus hojas en la envoltura de las tapas de dulce.

Cabe destacar entonces, que las mejoras tanto en la modernización de las técnicas de cultivo como en la introducción de nuevas variedades fueron electas tomando como criterio fundamental el hecho de que ninguno de los adelantos requirió de amplios períodos para su implementación, ni de grandes esfuerzos de aprendizaje técnico; pero, sobre todo, que en ambos casos la inversión económica por parte de los productores fue mínima. Es posible asegurar también, que los avances productivos y la mejora en los rendimientos que alcanzaron las distintas fases de la cadena productiva fueron guiados por una lógica donde el interés estuvo claramente situado en el procesamiento, etapa directamente ligada con la consecución de un producto de mejor calidad y, en consecuencia, el ciclo donde se concentró el mayor volumen de inversiones. De tal manera, los adelantos que se percibieron en otros ciclos del proceso, tales como el cultivo y la producción, solo fueron posibles como efecto secundario de la dinámica lograda en la transformación final del producto.³⁹

Considerando lo anterior, el impacto que tuvo el cambio técnico en las unidades productivas del distrito permite una doble lectura. Por un lado, la diferenciación entre productores surgió como una realidad pues mientras en algunas fincas se desarrollaba un tipo de producción de corte puramente tradicional, en otras el grado de especialización productiva fue de tal magnitud que la elaboración de dulce llegó a ser la actividad de mayor importancia. Sin embargo, dada la naturaleza de algunas de estas innovaciones, las cuales resultaron fáciles de implementar y no acarrearón grandes costos, los avances en muchos casos funcionaron como un factor de inclusión, antes que de exclusión. Lo anterior gracias a que la mayor parte de los productores pudieron acceder a los adelantos e implementarlos en sus respectivas unidades, logrando mantener cierto nivel de competitividad.

Por tanto, sea como fuere que las distintas unidades se agenciaran su participación dentro de la actividad, en un tiempo muy corto, como resultado global del proceso de desarrollo económico y técnico, el cultivo de caña de azúcar se extendió considerablemente y llegó a ser practicado por poco más de la mitad de los productores ubicados en El General. De tal modo, durante esta coyuntura, con todo y las disparidades apuntadas, la actividad cañera fue un importante elemento de impulso económico que permitió la coexistencia y el paralelo desarrollo de distintos tipos de productores, desde aquellos que sembraban espacios reducidos y al no contar con instalaciones propias para el procesamiento alquilaban trapiches con el fin de procesar el dulce necesario para autoabastecerse, hasta los que contaban con contratos de producción que les deparaban jugosas ganancias y les permitían obtener amplios niveles de capitalización.

La conclusión de los contratos con la FANAL y las nuevas perspectivas del mercado azucarero en El General

Pese a la cruzada que los productores habían emprendido para mejorar las condiciones en la producción de bienes a partir del procesamiento de la caña de azúcar, quedaría demostrado que el proceso surgido durante estos años se fundamentaba en un tipo de desarrollo guiado desde fuera del valle, pues conforme avanzó la década, la demanda de marqueta se redujo paulatinamente, hasta que en 1960 la Fábrica Nacional de Licores dejó de comprar el producto por considerarlo “de menor calidad que el de otras regiones”.⁴⁰ Como resultado de la conclusión de los contratos se desató una competencia por los mercados locales y extraregionales hasta entonces abastecidos por los pequeños productores de dulce. En la batalla por la venta los finqueros que habían hecho las mayores inversiones y,

por lo tanto, producían la mejor calidad y la mayor cantidad de dulce, rápidamente dejaron fuera de acción a los cañeros que no contaban con las herramientas técnicas ni económicas para enfrentar la competencia. No obstante, incluso para los productores de mayor escala, la desaparición del vínculo con la industria significó un gran problema, pues aun cuando habían logrado aprovechar con creces el período de bonanza se vieron en la obligación de restringir su actividad al aprovisionamiento de los poblados vecinos o, cuando mucho, a firmar contratos con comerciantes privados que vendían dulce en la Zona de los Santos y Cartago. Lo cual significó asumir una sensible reducción de los ingresos e implementar nuevas estrategias económicas para el funcionamiento de sus fincas.

Esto hizo que el proceso de desarrollo de la producción cañera no solamente tendiera a estancarse, sino que presentara cierta reversión pues muchos productores, ante la ausencia de una solución inmediata para paliar un tipo de situación que nunca habían experimentado, decidieron reducir sus áreas de siembra con el fin de especializar sus explotaciones en la producción de cultivos que en ese momento mostraban una mayor solidez en el mercado. Fue de esta forma como, mientras en los minifundios se desplazaba la caña de azúcar en favor del café, el cual había despertado un renovado interés entre los generaleños por los aumentos de productividad obtenidos en las plantaciones, que el cultivo azucarero lograba mantenerse en las unidades de medianas y grandes, donde la mayor disponibilidad de recursos hacían posible su existencia sin afectar el desarrollo de actividades que reportaban mayores beneficios al productor.

En presencia de esta serie de sucesos era claro que el esfuerzo de los productores había resultado insuficiente para asegurarles un lugar en el espacio comercial más importante que tenía la actividad azucarera nacional. Entre otras cosas, el fracaso sufrido dejaba al descubierto no solo el atraso técnico que seguía existiendo en la zona con respecto a otras regiones productivas, sino el ínfimo peso económico y, si se quiere, político, que dentro del sector ejercía el pequeño conjunto de productores dispersos en el valle. Al menos para la segunda de las situaciones era claro que gran parte del problema surgía de la carencia de cualquier tipo de articulación organizativa de la cual se pudieran valer en tiempos y ante situaciones como estas. Si bien es cierto, el hecho de haberse desarrollado en una zona periférica protegida de las marchas y contramarchas del capitalismo había contribuido hasta ese momento a que los pobladores de El General establecieran un tipo de economía no muy boyante, pero perfectamente sostenible. Una vez que las relaciones de mercado se expandieron por el valle, lo que antes fuera una ventaja no tardó en convertirse en un gran contratiempo, al quedar demostrado que el nivel de desarrollo adquirido en este contexto había transformado a los productores en un conjunto de pequeñas unidades marcadas por la inexperiencia comercial y un funcionamiento extremadamente individualista. De tal modo, al no haber desarrollado la capacidad de entablar vínculos organizativos con sus iguales, dichos actores sociales adolecían de las destrezas básicas para defenderse en el entorno económico que les empezaba a envolver.

Influencia del Mercado Común Centromericano y el Acta Azucarera en la sobrevivencia de los productores de caña del sur del país

Contrario a los problemas que se experimentaban en El General, la década de los sesenta fue de gran relevancia para la política económica costarricense ya que, en un intento

por llevar a la práctica la expansión del sector industrial, nuestro país procedió a unir esfuerzos con otras naciones centroamericanas. Como producto de esta decisión en 1963 Costa Rica ingresaba al Mercado Común Centroamericano (MCCA), hecho que fortaleció el intercambio de bienes, dinamizó la economía nacional y la sustrajo de las consecuencias de la depresión que vivía desde 1957. Los frutos de la alianza quedaron claros cuando se empezó a percibir la masiva entrada de capitales extranjeros, lo que produjo una alteración de la estructura productiva que consistió fundamentalmente en la creciente participación del sector industrial, mediante la instalación de nuevas industrias y la modernización de las ya existentes. Aunque esto no significó en la práctica el inicio de un verdadero proceso de industrialización para la economía costarricense, las transformaciones ocurridas sí implicaron una significativa modificación en las pautas de consumo de un sector relativamente amplio del país. Al mismo tiempo, implicaba un cambio en las exportaciones, motivado por la ampliación del comercio regional y la participación de nuevos productos y bienes destinados a otros mercados, entre los que el azúcar ocupaba un lugar de privilegio.⁴¹ El mismo año en que Costa Rica se vinculaba al Mercado Común Centroamericano acontecía otro hecho de vital importancia para el mercado azucarero nacional, cuando entraba en vigencia la ley que reguló hasta 1974 el comercio de países exportadores e importadores de azúcar con los Estados Unidos. Esta ley, conocida como *Sugar Act*, vino a distribuir la cuota cubana entre los demás países latinoamericanos y Filipinas, a raíz del bloqueo económico implantado por los estadounidenses contra la isla caribeña. Dicho evento tuvo consecuencias directas en el desarrollo de la industria azucarera en Costa Rica, ya que fue debido a tal reasignación que las exportaciones de azúcar aumentaron considerablemente y, desde entonces, su producción se vinculó estrechamente a los intereses norteamericanos.⁴²

Pese a la importancia del auge que como efecto de los acontecimientos antes citados se dio en la exportación de azúcar a partir de la década de 1960, una parte considerable de la producción que se obtenía en el país siguió siendo destinada a la atención del mercado nacional. El aumento del consumo interno se produjo por la acción de dos procesos que actuaron paralelamente, el primero relacionado con la ampliación de la demanda industrial y el segundo con el consumo por parte de la población. La expansión del sector industrial y sus mercados para el ámbito nacional y centroamericano hizo que este requiriera cada vez mayor cantidad de azúcar como materia prima, con lo que se amplió la demanda directa de azúcar para la elaboración de confitería, jugos, refrescos, conservas y afines, así como el de la Fábrica Nacional de Licores, principal consumidor industrial de mieles. Con relación al consumo directo por parte de la población, puede afirmarse que se dio como consecuencia lógica del crecimiento demográfico y la mejora en el poder adquisitivo de los costarricenses, procesos que se habían estado desarrollando desde la década de 1950 y que acarrearán como una de sus características particulares el alto uso de edulcorantes, lo que ubicaba a Costa Rica como uno de los países de mayor consumo de azúcar en el planeta.

Fue esta conjunción de procesos políticos y económicos a nivel continental y centroamericano, los que evidentemente ayudaron a la actividad cañera del valle de El General a sobrevivir durante el período. Producto de lo anterior, durante la década de 1960 la producción de la zona mostró un pausado repunte y aun cuando los productores no se vieron beneficiados con las exportaciones o el aprovisionamiento de la industria, dado que su nivel de desarrollo no les permitía acceder con facilidad a estos mercados, el crecimiento y la reconfiguración de la actividad en el entorno nacional les abrió los espacios idóneos para

que vieran ampliada su participación en el aprovisionamiento de dulce para el mercado interno. Esto resultaría suficiente para que, aunque restringido, se mantuviera el proceso de crecimiento de las áreas de cultivo.

Para el caso de El General, aunque era una realidad que la caña volvía a ganar espacio, convirtiéndose nuevamente en una alternativa comercial, resulta importante apuntar que en su renovado impulso también influyó el comportamiento mostrado por el mercado del café, que entre 1962 y 1966 había entrado nuevamente en una etapa de estancamiento. En consecuencia, la mejora experimentada por la actividad durante estos años se dio gracias a la favorable evolución del comercio azucarero, pero también como parte de una estrategia de autoprotección de los agricultores ante las fluctuaciones que mostraban otras actividades económicas. De esta forma, haciendo una buena lectura de la situación, los medianos y grandes productores volvieron a impulsar el cultivo de la caña de azúcar acogiéndola dentro de sistemas de producción bicultivista o policultivista que en muchos casos se asociaban con la práctica pecuaria, otra de las actividades que estaban teniendo éxito a nivel internacional. Pese a ello, el espacio que llegó a ocupar la caña fue secundario, pues la inseguridad de no contar con mercados estables para el producto actuó como un condicionante para que se mantuviera como actividad emergente dentro de un esquema productivo que, en teoría, era dominado por el cultivo cafetalero. A esto habría que sumar el hecho de que la producción seguía manifestando un importante atraso con respecto a otras zonas del país y aunque las nuevas posibilidades comerciales impusieron una modernización en la tecnología, en los patrones de producción y en los mecanismos de mercadeo a nivel nacional, El General se había mantenido al margen de la mayor parte de estos adelantos.

Pero tal y como lo proponíamos algunos renglones atrás, posiblemente la mayor limitante que se enfrentaba para acceder a una etapa de mayor desarrollo seguía radicando en la ausencia de organización, factor que había llevado a los generaleños a enfrentar al mercado de forma individual, con todos los inconvenientes que esto acarrearaba. Mas también era indudable que para este momento los productores habían adquirido plena conciencia del problema, especialmente porque se percataban de que aun contando con importantes ventajas agroecológicas y posibilidades productivas, al no poseer una estructura organizacional básica que les permitiera participar como conjunto dentro del sector agrícola, estaban quedando a expensas de los comerciantes e intermediarios privados o simplemente eran marginados de una participación más equitativa en los distintos espacios económicos que se abrían dentro de una esfera agrícola que, para la etapa, mostraba especial dinamismo. La experiencia tenida a partir de los primeros contactos con el mercado indudablemente había generado un nuevo tipo de conciencia y, en lo inmediato, el agrupamiento de los productores en torno a la defensa de objetivos comunes se planteaba como una necesidad impostergable, con lo que a partir de allí todos los esfuerzos se concentraron en vertebrar una base organizativa de la cual se pudieran valer para participar con ciertas garantías dentro de este entorno comercial.

El papel de la organización cooperativa en la fundación de la Central Azucarera

Fue precisamente en el ámbito de la producción de caña de azúcar que, durante el año de 1958, surgían los primeros indicios de organización con la tentativa para el establecimiento

de una cooperativa de cañeros en Palmares de Pérez Zeledón. Entre los gestores estuvieron los empresarios Nicanor Hidalgo y Delio Arguedas, quienes se dieron a la tarea de impulsar las ideas cooperativistas entre los cultivadores de caña del cantón. Recolectaron una determinada suma de dinero para ese fin, pero por la misma falta de experiencia organizativa el movimiento no fructificó. Aunque la desmotivación generada por el revés sufrido hizo que los cañeros perdieran el interés por emprender nuevos esfuerzos era claro que, de algún modo, en el ensayo habían logrado sembrar importantes inquietudes. Fue de esta manera como, en respuesta a la necesidad de defenderse ante los abusos cometidos por los beneficiadores privados, en noviembre de 1962 los cafetaleros de la zona recogieron la experiencia precedente y fundaron *Cooperezeledón, R.L.*, como la primera entidad que agrupaba y protegía los intereses de los pequeños y medianos productores del valle. Tal y como se planteaba originalmente se trataba de un movimiento con un perfil organizacional que tenía como prioridad atender las necesidades económicas de sus integrantes, pero que buscaba rebasar la sola definición de empresa para asignarle al productor un nuevo protagonismo económico y social dentro de un espacio de desarrollo de carácter integral.

Sin embargo, para desazón de quienes participaban del proyecto, los inicios de la Cooperativa coincidieron con un momento de reacomodo en los mercados cafetaleros internacionales, hecho que durante la década siguiente produjo una situación económica de cierta inestabilidad y causó inseguridad entre los asociados.⁴³ En consecuencia, aunque era indiscutible que *Cooperezeledón, R.L.* vino a favorecer la situación de los agricultores del cantón, durante sus primeros diez años de existencia estuvo muy lejos de lograr soluciones globales a los problemas que afrontaban los productores. En ese período la empresa presentó serios problemas gerenciales, soportó grandes deudas, careció de capital de trabajo y, en general, no logró responder a sus objetivos; antes bien, para muchos de los asociados se convirtió en un problema debido a su falta de liquidez, por lo que la mayor parte de los cafetaleros se encontraban insatisfechos con su labor.

El impacto de esta situación hizo que el tema de la dependencia de la empresa hacia un solo producto fuera inevitable, mientras la diversificación enrumada hacia actividades como la caña de azúcar y la producción pecuaria; prevista inicialmente como una alternativa a mediano o largo plazo, se convertía en punto de discusión constante y en menos de un quinquenio en un imperativo. Fue así como durante la Administración José Joaquín Trejos Fernández –1966-1970– la Municipalidad de Pérez Zeledón coincidió con los productores en la necesidad de impulsar el proyecto de diversificación mediante la incursión en la actividad azucarera con el fin de evitar que el desarrollo de la iniciativa se diera exclusivamente en torno a un producto y, en consecuencia, tratar de resguardar de alguna forma a la Cooperativa de los abruptos cambios que constantemente sufría el mercado cafetalero. El viraje no comprometía de ninguna forma los planteamientos iniciales de la organización, lo que hacía era apresurarlos, dado que desde un inicio los estatutos cooperativos comprendían claramente “desarrollar cualquier otra iniciativa que tienda a satisfacer necesidades sentidas de los asociados o reporte beneficios razonables a ellos y sus familiares, sin ánimo de lucro y con el exclusivo propósito de reducir al máximo la especulación y la explotación irracional de sus afiliados”.⁴⁴

Sumada a esta, existían otras razones poco mencionadas pero de igual o mayor importancia por las cuales era vital para ciertos sectores el éxito de la iniciativa. Considerado como un proyecto ideado e impulsado desde sus orígenes por los socialdemócratas

costarricenses, para este grupo era políticamente importante asegurar el futuro cooperativo dado que la empresa se había convertido en insignia de su gestión y en un importante frente a partir del cual buscaban reproducir su base social entre los productores de la zona. Desde este punto de vista, asegurar su estabilidad era una acción inteligente que podría permitir en el mediano plazo recoger abundantes frutos políticos en la región. Por tal motivo resulta comprensible que quienes tomaran la iniciativa en el proceso de diversificación productiva fueran los liberacionistas, que representados por su presidente municipal Romilio Durán Picado y el señor Milton Fonseca Balmaceda unieron fuerzas con los dirigentes cooperativos, logrando que el Ministerio de Agricultura emprendiera los primeros estudios para el establecimiento de un ingenio azucarero en el valle. De igual modo era bastante razonable que las administraciones verdiblanco fueran en adelante las principales propulsoras de la creación del ingenio y su materialización por parte de la cooperativa de caficultores.

Para este momento, además del interés en mantener con vida el proyecto, su fortalecimiento adquiriría un nuevo plano de importancia por la proliferación en el cantón de organizaciones campesinas de carácter sindical, que nacían como formas alternativas de organización en busca de respuestas novedosas a los problemas que, hasta entonces, habían resultado imposibles de resolver. En 1971 se constituyó la *Unión de Productores Independientes y de Actividades Varias* (UPIAV), grupo que inició buscando reivindicaciones por tierras y, poco más tarde, sumaba a su plataforma original la lucha contra las irregularidades que se producían en los beneficios de café. Dichos objetivos le hicieron un movimiento sumamente dinámico que rápidamente condujo a la movilización de los campesinos al mismo tiempo que ejercían presión y planteaban fuertes críticas contra la Beneficiadora Neverman, La Meseta y la misma Cooperezedón R.L. Por su carácter beligerante y la forma de encontrar soluciones a los problemas del campesinado regional, la UPIAV se diferenció diametralmente de los fundamentos socio-empresariales propuestos por el cooperativismo, con lo que en poco tiempo se convertiría en un frente de confrontación con tendencia a un pensamiento de izquierda que sumaba adeptos con mucha facilidad.

El que dicha organización adquiriera creciente apoyo entre los pequeños y medianos productores, además de una prueba sobre la profundidad de las contradicciones sociales vigentes en la región, significaba un problema real para los grandes empresarios privados y para el proyecto cooperativo que se estaba impulsando desde el Estado. En consecuencia, desde ese momento dichos sectores empezarían a librar una lucha antisindical dirigida en dos sentidos básicos. Por una parte se valieron de la desacreditación para asignarles a las organizaciones emergentes el calificativo de grupos comunistas y de este modo asociarlas a situaciones de inestabilidad política y social. Por otro lado, se buscó fortalecer la actividad cooperativa como una manera de brindar nuevo protagonismo al frente de resistencia natural contra el que se suponía, debían competir estos nuevos grupos reivindicativos. De tal modo, aunque es muy aventurado concluir que el cambio de enfoque del proyecto cooperativo fuera fruto directo del brote de este nuevo tipo de movimientos de presión en el valle, si es posible sostener que su aparición desarrolló un papel particularmente efectivo en la aceleración del proceso de diversificación productiva. Por eso, no resulta casual que una vez que se contó con los estudios de factibilidad para el establecimiento del ingenio, el 4 de junio de 1972 el Gobierno de José Figueres

Ferrer, a través de la Asamblea Legislativa, concediera los avales respectivos para garantizar la compra, instalación y montaje del equipo. Pero tampoco lo sería la rapidez con que los funcionarios de la Cooperativa iniciaron las visitas a diversos lugares dentro y fuera del país con el fin de adquirir la planta procesadora, ni el hecho de que tan pronto como en la sesión No. 285 del 10 de junio de 1972 se produjera la aprobación unánime del Consejo de Administración y el Comité de Vigilancia para la compra del *Ingenio San Carlos Ltda.*, ubicado en Altamira de San Carlos.⁴⁵

El 26 de junio de 1972, con una inversión inicial de 14 millones de colones y el apoyo financiero de entidades como el Banco Nacional, el Banco de Costa Rica y el Banco Anglo Costarricense, así como del Instituto de Fomento Cooperativo y la Corporación Costarricense de Desarrollo, se suscribió el contrato para compra del ingenio.⁴⁶ Con el fin de asegurar la fundamentación técnica de la adquisición la CoopeAgri El General R.L. contrató asesores especializados para la supervisión del desmontaje, traslado, reinstalación y puesta en marcha del ingenio, quedando la empresa vendedora obligada a acatar las disposiciones que se consideraran necesarias.⁴⁷ La primera de ellas consistía en que la *Compañía San Carlos Ltda.* debía encargarse de la primera zafra, como forma de garantizar el correcto funcionamiento del ingenio.

Amparados en el apoyo gubernamental brindado por la administración del entonces presidente Daniel Oduber Quirós, la planta terminó de instalarse durante el año 1974 en la comunidad de Peñas Blancas de Pérez Zeledón, a unos 17 km de San Isidro de El General, bajo el nombre de *Central Azucarera de El General*. Con una capacidad de procesamiento supuesta en 1.000 toneladas de caña por día, que depararían como promedio 150 quintales de azúcar; las previsiones indicaban que la actividad debía generar una suma de 2 millones de colones en su primer año de operaciones y 16.6 millones en el plazo del siguiente lustro.

Sin embargo, el optimismo inicial que los productores mostraron ante el nuevo estado de cosas debió ser manejado con cautela, pues el tránsito hacia la siguiente etapa resultó más difícil de lo pensado. Contrario a lo que se anticipaba, en lo sucesivo no fue la supuesta debilidad de los productores para adaptarse al cambio el origen de los problemas que aquejaron la producción de azúcar, antes bien, durante los primeros años fueron las deficiencias administrativas de CoopeAgri El General R.L. y sus representantes los que se encargaron de acumular la mayor cantidad de equivocaciones en el proceso. Los datos aportados por los actores parecen más que contundentes para permitirnos afirmar que la angustiada situación enfrentada por el ingenio durante las primeras zafras surgió como producto de la combinación de una serie de circunstancias que ocasionaron graves problemas técnicos e incidieron directamente sobre el conjunto del proceso productivo. Como causas primarias, además de los evidentes incumplimientos por parte de la empresa vendedora y la incapacidad de hacer valer los puntos acordados en el contrato de compra, se puede señalar el apresuramiento y la falta de criterio técnico de los funcionarios que representaban a la Cooperativa al momento de adquirir la planta procesadora. Por eso, ante la presencia de tantos y tan evidentes desaciertos, resulta válido sostener que, en términos generales, los problemas iniciales tuvieron su origen en la parte gerencial, la cual se mostró totalmente incapaz de firmar un convenio en el cual se resguardaran los intereses básicos de la organización. Así, tras un acuerdo que en principio resultaba muy prometedor,

la adquisición de la planta procesadora se convirtió finalmente en una transacción de pesadilla a causa de sus múltiples deficiencias. Por esto, durante las zafas iniciales se acumularon tantos yerros en el manejo de la empresa que para finales de la década de 1970, cuando la mayor parte de las naciones latinoamericanas enfrentaron un debilitamiento de la demanda externa de sus productos de exportación debido a la contracción de la economía de los países industriales por causa de la crisis de los hidrocarburos, la Central Azucarera se ubicaba al filo de la quiebra.

Transformación de las condiciones productivas en el manejo de la caña de azúcar a partir del establecimiento de la Central Azucarera

Si como ha quedado demostrado, dentro del proyecto azucarero los problemas se focalizaron en el ámbito de la transformación, es evidente que no todos los componentes de la cadena productiva presentaron deficiencias en su accionar, lo cual es un importante indicio de que, mientras el establecimiento y la administración del ingenio fue un proceso cargado de inconvenientes, en la esfera de la cadena en que actuaban los productores se llevaron a cabo modificaciones exitosas. Esto resultaba un tanto paradójico, en especial para la gerencia cooperativa, pues desde su óptica el aprovisionamiento de materia prima estaba llamado a ser el “talón de Aquiles” de la operación y el ámbito que presentaría los mayores atrasos en el proceso de evolución productiva dado el continuismo que se observaba entre los productores y su marcado apego hacia los sistemas tradicionales. Sin embargo, fue posiblemente la misma desconfianza hacia los proveedores lo que al parecer se convirtió en su principal fortaleza y fuente de vitalidad, pues habían sido tantos los cuidados puestos en evitar posibles desaciertos que al final fueron ellos los afectados, cuando se hicieron visibles los problemas derivados de la administración.

Ante la duda inicial, que en opinión de los industriales podría resumirse en el hecho de que en Pérez Zeledón “nadie sabía nada de caña para la industria”, desde el momento en que se formalizaron las conversaciones para la compra de la planta se puso en marcha un cambio radical en las formas de cultivo empleadas en el valle de El General.⁴⁸ Por lo tanto, se impulsaron convenios que mandaban grupos de productores generaleños a recibir asesoramientos en otras zonas del país, dentro de un proceso especialmente referido a instruir a los cañeros sobre los métodos que debían implementar a la hora de establecer las plantaciones de donde saldría el producto hacia la central procesadora. Entonces, haciendo eco a la opinión de uno de los trabajadores del ingenio, podemos esgrimir la conclusión de que “fue hasta la hora que llegó el ingenio, cuando la gente ya por cursos y por seminarios y por cosas, empezaron a tomar conciencia de la importancia de mejorar los cañales”.⁴⁹

Si bien durante este período fue la Cooperativa la principal interesada en el desarrollo del cambio técnico, también el Estado mostró su anuencia a participar del proceso de capacitación e impulso de nuevas tecnologías. Por ejemplo, en coordinación con el Ministerio de Agricultura y Ganadería (M.A.G.), se brindó asesoramiento y se empezaron a establecer jardines experimentales, iniciándose la siembra de nuevas variedades azucareras y el desarrollo de extensiones de caña apta para el cantón con el objeto de ser distribuidas entre los productores. Para una industria que no poseía la capacidad de autoabastecerse de materia prima, este esfuerzo resultó fundamental en el objetivo de que sus proveedores superaran los métodos tradicionales de cultivo y logaran una modernización de las fuentes

productivas acorde a las nuevas necesidades del suministro. En este sentido, la tarea poseía una doble dificultad pues además de una función pedagógica, requería de un esfuerzo de concientización hacia quienes, en última instancia, desarrollarían esta faceta del proceso. Pero contrario a lo que se pensaba originalmente, gracias a la receptividad de los productores, los esfuerzos se verían bien recompensados y en poco tiempo ellos mismos tomaron noción de los beneficios del cambio, asumiendo un papel proactivo en la difusión de los nuevos conocimientos, ya que según los encargados del ingenio:

“... se les dio muchos cursos de capacitación, sobre el tipo de caña que debían usar y la forma de cultivarla. Entonces cuando los productores empezaron a saber que había que cortar toda la caña y no iba a quedar, ni un solo mamón, ni una caña nueva, ni nada; entonces ya ellos entendieron la importancia de saber los tipos de caña que debían ir metiendo al sistema y entonces ellos mismos le enseñaban a otros productores cómo hacer un cañalito para meterse en el negocio”.⁵⁰

Asimismo, ante el eventual problema de que el crecimiento de las áreas productivas para el aprovisionamiento de las instalaciones no fuera el esperado, se implementaron campañas conjuntas entre la Cooperativa y el M.A.G. para que el pequeño productor de café combinara su producción con caña de azúcar, práctica perfectamente factible ya que los ciclos productivos no competían por la fuerza de trabajo y, en consecuencia, se podían complementar ambos calendarios agrícolas. De esta manera, mediante el impulso del bicultivo como una estrategia económica para que las unidades contaran con ingresos durante las diferentes temporadas del año, también se lograba asegurar la oferta de los productos que interesaban a la Cooperativa, consiguiéndose de paso una mayor integración de los asociados a la empresa.

El cambio que la suma de estas iniciativas generó al interior de las unidades productivas fue sustancial. Aunque en un primer momento en muchas de las fincas los sistemas se siguieron manejando a partir de los procedimientos tradicionales y, en general, se continuó haciendo uso de herramientas simples como arados de tracción animal, macanas y cuchillos; incorporándose a lo sumo el empleo de las bombas de espalda para el control de malezas y plagas. Pese a que el empleo de insumos como el abono continuaba siendo extraño en la mayor parte de los cañales, donde se prefería usar “cachaza” descompuesta para la restitución de los nutrientes que se perdían en cada una de las cosechas; conforme avanzó el proyecto de la Central Azucarera se dio un vuelco total a la forma de producir caña en el valle, pues se promovió un crecimiento de la inversión en áreas que hasta ese momento no habían sufrido mayores cambios. Este fue el caso particular del parque automotor, espacio en que se dio una significativa transformación pues gracias a las expectativas generadas por el ingenio “la gente empezó a comprar su maquinaria, la gente compró arados, chapulines, carretas; incluso, un poco después hasta cargadores pequeños. El ingenio impulsó eso, que la gente se preparara en la parte agrícola”.⁵¹

La introducción de herramientas cada vez más sofisticadas aumentó la productividad del trabajo, dado que los agricultores que adquirieron estos nuevos recursos producían más, no solo porque incrementaban los rendimientos al lograr una mejor preparación de las áreas de siembra, sino porque aumentaban el área que individualmente estaban en capacidad de laborar. Eso introduciría nuevas formas de cultivar, tanto en la caña como en la

totalidad de las actividades productivas y haría que, aunque de forma tardía, se completara en El General el proceso de cambio técnico conocido como la "Revolución Verde".

No obstante, dadas las características topográficas de la zona y los costos que implicaban estos adelantos, las transformaciones fueron adoptadas únicamente por las unidades que además de ubicarse en sectores mecanizables tales como el fondo de valle y las terrazas del río General, poseían la capacidad económica suficiente para enfrentar los costos iniciales y las cargas de mantenimiento del equipo. Esto originó un proceso de diferenciación en dos vías; por una parte, en términos geográficos y, por otra, en relación con la capacidad económica de cada finquero. En el primer caso, el tipo de superficie de cada propiedad desempeñó un papel fundamental pues determinaba cuáles eran las unidades propicias para implementar el adelanto. En consecuencia, aun cuando un productor contara con el capital necesario para la adquisición de la maquinaria, si la finca no poseía las condiciones aptas para ser mecanizada, la variación se haría impracticable. Para los productores ubicados en zonas propicias pero que tenían limitaciones económicas las circunstancias fueron otras, pues no obstante a que se vieron obligados a ampliar esfuerzos, su situación era de algún modo manejable dado que siempre contaron con la posibilidad de arrendar equipos.

Si bien en las primeras zafras estos elementos no fueron definitivos para la participación en la actividad, conforme pasó el tiempo los productores que contaban con menos ventajas comparativas para el cultivo de la caña de azúcar; sobre todo aquellos ubicados en el pie de monte y las estribaciones de la cordillera, cansados de lidiar con sus propias limitaciones fueron definiéndose por instaurar sistemas especializados en la producción de café, algunas veces asociados con granos y cría de ganado. Al interior del fondo de valle y las terrazas del río General, zonas agroecológicamente aptas para el cultivo de caña y su mecanización, el estado de cosas estuvo marcado por otras variables. La mayor parte de los productores tuvieron la posibilidad de seguir combinando el cultivo de caña-café con la producción de granos y ganadería, lo que les permitió afrontar con relativa seguridad las crisis periódicas derivadas de las fluctuaciones en el mercado de uno u otro producto. Aquí, las diferencias derivarían especialmente de la extensión de superficie y de la solvencia económica de las distintas unidades productivas. Dentro del grupo que poseía las mayores ventajas se encontraban los grandes y medianos productores que tenían la posibilidad de sembrar espacios considerables y, al poscer el arsenal técnico suficiente para el desarrollo de la actividad, se integraban perfectamente al sistema. En un segundo conjunto se encontraban los medianos productores que, pese a no contar con la totalidad del equipo, tuvieron la posibilidad de ampliar las superficies de siembra con el fin de diluir los costos originados por la contratación de maquinaria. Finalmente, en un tercer grupo, se ubicaban los pequeños cañeros que habían sido incapaces de dar el último paso en cuanto a equipamiento técnico y, por lo tanto, además de verse en la necesidad de alquilar equipos para la preparación del suelo y el transporte del producto, estaban imposibilitados para ampliar sus áreas de cultivo. Estos últimos productores que, por consiguiente, afrontaban los mayores costos productivos, manejaron una posición desventajosa con respecto a los otros grupos y con el paso de los años fueron los más propensos a hacer abandono de la actividad.

Cualquiera que fuese el caso, el establecimiento de la industria y los avances implementados durante la etapa alteraron diametralmente la forma de la cadena productiva. Entre los elementos más evidentes resaltaba el fuerte impacto que el proceso tuvo sobre las

formas tradicionales de producción, pues las unidades fueron súbitamente relevadas de su papel en la transformación del producto; con esto paulatinamente declinaron las áreas de caña entresacada y si en los sesenta se podían contar en El General casi medio centenar de trapiches, para 1980 solamente quedaba uno de ellos. El nuevo modelo transfiguró, además, el ordenamiento de la actividad en términos de su distribución temporal, pues la siembra y la cosecha se homogenizaron en todas las fincas productoras y al interior de cada una de ellas la zafra pasó a ocupar un espacio preponderante dentro de los calendarios de trabajo. Además, al concentrarse la corta en determinados meses del año y al hacerse vital la fluidez en el traslado de la materia prima aparecieron nuevos agentes sociales dentro de la estructura, como los peones y los transportistas, con lo que la cadena se complejizó y demandó más competitividad en todos los órdenes de su estructura. Por ejemplo, en lo tocante a la mano de obra, cuyo mayor caudal de trabajo ahora tenía lugar en los cañaverales y se especializaba en faenas como la corta y la carga del producto para su transporte a la planta procesadora; empezó a ser cubierta por trabajadores y trabajadoras de la zona que de manera estacional abandonaban sus labores cotidianas como jornaleros y amas de casa, para ocuparse enteramente en la actividad durante el tiempo que duraba la zafra. Un apreciable aumento en los ingresos de las unidades familiares, que se lograba por los buenos precios que durante tales períodos estuvieron dispuestos a pagar los productores por tonelada de caña cortada y cargada en las carretas, hacía que estos obreros formaran cuadrillas de trabajo conjunto a fin de obtener un buen volumen de materia prima preparada para el acarreo. Aunque fueron en su mayor parte hombres quienes se habían especializado en la “corta”, las mujeres también estuvieron presentes en esta pesada ocupación y al menos hasta mediados de la década de 1990, valientes damas como Libia Elizondo Gamboa, Leovigilda Picado Elizondo, Noemy Picado Elizondo, Emilia Fernández Rodríguez y Marjorie Rojas, trabajaron de forma abnegada en las plantaciones de Peñas Blancas y El General.⁵²

El proceso de cambio supuso la aparición de los primeros contrastes de fondo entre productores, ya que hizo valer las ventajas y limitaciones de las distintas zonas productivas, creando un escenario propicio para que las unidades de mayor tamaño y técnicamente más avanzadas obtuvieran ventaja sobre aquellas fincas que no contaron con estas facilidades. Este hecho es todavía más relevante cuando entendemos que la incorporación de adelantos técnicos, sobre todo los referidos a la mecanización, si bien afectaron principalmente a la producción de caña incidieron tangencialmente en el desarrollo de otras actividades productivas, transformando positivamente el funcionamiento global de los sistemas. Factores como los anteriormente analizados originarían un cambio en el mapa agrario de El General, cuando el ulterior desarrollo, además de promover una concentración de la producción de caña en la parte central y sur del distrito, convertiría a las fincas ubicadas en los sectores del fondo de valle y las terrazas del río General en las unidades productivamente más diversificadas y con mayor solidez económica.

Conclusiones

Como se ha podido ver, la historia agrícola de El General es una referencia a la constante transformación como parte de un esfuerzo sostenido por vincularse al entorno

económico nacional. Hasta aquí hemos intentado sugerir algunas líneas por las que ese cambio se enrumbó, al argumentar que una vez superadas las limitaciones de comunicación con la Depresión Tectónica Central y en un lapso no muy amplio de tiempo, la producción había dejado de concebirse únicamente como el pilar de una economía autocentrada, para ser entendida como un vehículo útil en la inserción a mercados de mucho mayor amplitud. En tal sentido hemos podido constatar que:

1. Aunque la tierra y la economía agraria eran, efectivamente, la base y la parte esencial de la vida material de la sociedad generalista hasta los primeros decenios del siglo XX, fueron los avances que se dieron a partir de la década de 1930, en el acceso de medios y en la construcción de vías de comunicación, los que finalmente permitieron brindar verdadero dinamismo a tipos de producción como la caña de azúcar. Por tal motivo, el salto técnico del "majador" al trapiche y todo el engranaje conexo solo se vio estimulado al establecerse un vínculo directo entre la región y los diversos circuitos del mercado nacional, proceso que posibilitó el surgimiento de incipientes sistemas fabriles de mayor complejidad laboral y organizativa.
2. Pese a las conexiones comerciales que las redes de comunicación habían permitido establecer a partir de 1931; dado el apreciable atraso técnico y organizativo que los cañeros de la región todavía experimentaban con respecto a los productores de otras zonas del país, el acceso a los mercados fuera de la región resultó en extremo difícil, siendo las repentinas contrataciones para la venta de materia prima al monopolio estatal de la producción de alcohol las que durante finales de la década de 1940 y principios de los años cincuenta, posibilitaron el despeque de la producción de dulce en la zona.
3. El comercio de panela con la Fábrica Nacional de Licores, aunque solamente fue de carácter coyuntural, creó una etapa de auge productivo e hizo que en los años inmediatos los agricultores invirtieran en el desarrollo cañero bajo la expectativa de un crecimiento sostenido de la actividad; factor que posibilitó un salto técnico caracterizado entre otras cosas por la sustitución de los trapiches de madera por los de metal, por la introducción de los primeros mecanismos de tracción que incorporaban motores, además de significativos avances infraestructurales y en los sembradíos, con el empleo de nuevas variedades y formas de cultivar.
4. La experiencia lograda por los cañeros con esta primera etapa de prosperidad y su repentina desaparición, quedó resumida en la necesidad de construir una base organizativa que les permitiera tener una mayor presencia como sector productivo en el entorno nacional y les posibilitara el acceso al andamiaje necesario para equipararse tecnológicamente con los productores del resto del país. El logro de esta autoconciencia acerca de sus limitaciones, daría pie para que los cañeros iniciaran un proceso de búsqueda de vías de desarrollo alternativas a las hasta entonces empleadas.
5. Hacia el final de la primera mitad de la década de 1970, con el concurso del Estado y la organización cooperativa, la nada despreciable presión ejercida por los sindicatos agrarios que recién habían surgido en la zona y la sobresaliente participación de los cañeros, se desemboca en el establecimiento de la primera planta procesadora de azúcar en la región. El establecimiento de la industria y los avances implementados alteraron de tal manera la cadena productiva que los usos tradicionales

quedaron totalmente rezagados. El nuevo modelo homogenizó la producción de materia prima y al aparecer nuevos agentes sociales dentro de la estructura de la cadena productiva, esta se volvió más compleja y demandó más competitividad en todos los órdenes del entramado.

6. La apertura del ingenio supuso, además de una mayor vinculación de agricultores a la actividad, una transformación del rol que hasta ese momento habían desarrollado dentro de la cadena productiva y de agentes que funcionaban con total independencia, que pasaron a convertirse en proveedores industriales. Con los nuevos requerimientos, también cambiaron de forma los sistemas de producción, al incorporarse en toda su dimensión el paquete completo de adelantos propuesto por la “Revolución Verde”.
7. La puesta en funcionamiento del nuevo modelo y la competitividad que traía implícito hizo que entraran en juego otras variables como la destreza individual de los productores, la capacidad económica de las unidades productivas y, sobre todo, las características del terreno en que se ubicaban las unidades productivas. Esto produjo un afianzamiento de las ventajas comparativas de cada uno de los espacios agroecológicos; originando una diferenciación geográfica y económica entre las unidades productivas del distrito, con lo que al interior de cada zona aparecieron sistemas de variado tipo que competían entre sí por una mayor productividad y por los espacios existentes en el mercado.
8. El proceso de cambio supuso, por lo demás, la aparición de contrastes básicos entre productores, creando el escenario adecuado para que las unidades mejor ubicadas, de mayor tamaño y técnicamente más avanzadas obtuvieran ventaja sobre aquellas fincas que no contaban con las suficientes facilidades. Este paso fue de suma relevancia, especialmente cuando la incorporación de adelantos técnicos que afectaron la producción de caña incidieron en el desarrollo de las restantes actividades productivas, transformando el funcionamiento global de los sistemas de producción.

Las conclusiones a las que se llega confieren validez al estudio pormenorizado de casos específicos desde los planos cualitativo, microanalítico y regional. Igualmente, el percatarse de la existencia de formas de evolución económica que al interior del país siguieron rutas distintas a los procesos tradicionalmente estudiados en la Depresión Central y regiones aledañas, permite comparar y comprender con mayor claridad los procesos macrosociales y el desarrollo económico de las diversas actividades agrarias en el entorno nacional, mientras inducen u obligan a los y las historiadoras a valorar la impostergable necesidad de iniciar reflexiones conjuntas y serias sobre este tipo de temas.

Notas

1. El General o General Viejo, se extiende sobre un área de 78.90 km² a una altitud media de 710 msnm, limitando con los distritos de Rivas en la parte norte, Cajón en el este, Daniel Flores hacia el occidente y Pejibaye al sur. Pérez Zeledón, por su parte, es el cantón número diecinueve de la provincia de San José, Costa Rica. Creado por decreto N° 31 de octubre 9 de 1931, cuenta con una extensión de 1.905 kilómetros cuadrados, limitando al norte con los cantones de Paraísos, Jiménez, Turrialba y parte de Dota; al sur con el cantón de Osa; al este con Talamanca y Buenos Aires y al oeste con Aguirre y parte de Dota. Su división política administrativa consta de once distritos: San Isidro, El General, Daniel Flores, Rivas, San Pedro, Platanares, Pejibaye, Cajón, Barú, Río Nuevo y Páramo.

- De manera indudable las políticas del Estado, concretada en el mejoramiento de las vías de comunicación existentes y en la promulgación de la Ley de Cabezas de Familia, contribuyeron al aumento del flujo migratorio. Sobre todo esta última, que comprendía la extensión de títulos de propiedad no mayores a las 50 hectáreas para los varones casados, con o sin descendencia, los viudos con hijos legítimos y los solteros, huérfanos de padre, que tenían a su cargo hermanos menores. Para lo cual solamente era necesario establecerse en el terreno por cinco años, tiempo durante el cual se debía cultivar por lo menos la quinta parte de lo denunciado y construir una vivienda con un mínimo de dos aposentos y una cocina. Esta Ley tuvo como antecedente una petición que los vecinos de Santa María de Dota hicieron, en el año de 1899, para que se les concediese lotes no mayores a las 50 hectáreas, en terrenos baldíos. A cambio de lo cual se comprometían a construir y mantener caminos transitables y a establecer cultivos permanentes en cada una de las propiedades. Para una ampliación sobre el tema: Brunilda Hilje Quirós, *La colonización agrícola de Costa Rica (1840-1940)* (San José, Costa Rica: EUNED, 1992), 54-55.
3. H. Guzmán et. al., “Evolución de la industria de la caña de azúcar en Costa Rica”, *Avances de Investigación*, Proyecto de historia social y económica de Costa Rica: 1821-1945 (Universidad de Costa Rica; Universidad Nacional: Programa Centroamericano de Ciencias Sociales), 2-5.
 4. Entre las condiciones que requiere la caña de azúcar podemos apuntar niveles de temperatura durante el día superiores a los 19°C, pues por debajo de este umbral se experimenta un retardo en el desarrollo de las raíces y la absorción de nutrientes. Un nivel de precipitaciones prolongado y bien distribuido, para que la planta adquiriera su madurez; en tanto los días deben ser secos, soleados y, en la mejor de las posibilidades, con un brusco descenso de la temperatura por la tarde y noche. En cuanto a los suelos, contribuyen aquellos poco nitrogenados que posean buena profundidad y capacidad para la retención de humedad. Así mismo, las áreas óptimas para el establecimiento de cañales se encuentran situadas entre los 0 y los 1 400 msnm. Por lo tanto, aunque en algunas zonas del distrito las condiciones descritas para un buen cultivo de la caña de azúcar no eran las mejores, en términos generales el sector reunía los requisitos ecológicos fundamentales para el desarrollo de la actividad.
 5. El punzón era una herramienta conformada por una vara larga de madera o metal, cuya punta estaba afilada.
 6. El *cerco* es un solar o cortijo situado generalmente detrás de las casas de habitación, donde se sembraban frutales y hortalizas para el autoabastecimiento de las familias.
 7. El término *cojollo* o *cogollo*, hace referencia en este contexto a los brotes nuevos de una planta. Entrevista a Víctor Elizondo Piedra, La Linda Arriba de El General, Pérez Zeledón, el 27 de julio del 2001.
 8. Las únicas ocasiones en que la caña de azúcar o sus derivados se emplearon en la alimentación de los animales fue en el cuidado de bueyes y cerdos. En el primero de los casos se les daban los tallos frescos de las cañas de menor calidad y para el caso del ganado porcino se empleaban los subproductos derivados de la cocción de las mieles.
 9. El término *moler* se ha empleado tradicionalmente en Costa Rica para referirse a la totalidad de las actividades necesarias para procesar la caña en un moledor, trapiche o ingenio y así obtener mieles, dulce, panela o azúcar. Esta acepción puede ser corroborada en Miguel Angel Quesada Pacheco, *Nuevo diccionario de costarriqueñismos*, 3 ed. (Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2001), 251.
 10. El *aguadulce* es una bebida compuesta de agua con dulce o panela, que se toma generalmente caliente; también se puede beber fría y con limón, adoptando en este caso el nombre popular de *agua'e sapo*. Entrevista a Roque Núñez Alvarado, El Hoyón, San Isidro de El General, Pérez Zeledón, el 12 de marzo del 2005.
 11. Entrevista a Juan Antonio Solís Elizondo, La Hermosa de El General, Pérez Zeledón, 20 de junio del 2003.
 12. Entrevista a Evangelista Fernández Elizondo y Dominga Adelaida Rodríguez Jiménez, San Isidro de El General, Pérez Zeledón, el 09 de abril del 2005.
 13. Juan Antonio Solís Elizondo, *ibid.*
 14. Algunas ilustraciones de este tipo de tecnología puede apreciarse con mayor nivel de detalle en Norman Dimas Durán Barrantes, *Evolución de los sistemas productivos y relaciones de poder entre los agentes sociales que conforman la cadena productiva de la caña de azúcar en el distrito de El General, Pérez Zeledón, 1950-2000* (Tesis para optar

al grado de Magister Scientiae del Posgrado en Historia Aplicada con Mención en Estudios Agrarios, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 2006).

15. *Ibid.*
16. Se conocía como *guaro de cabeza* a la primera partida de alcohol que se destilaba en los alambiques; en su orden le seguía el *guaro corriente* y el *vinilla*, este último, caracterizado por ser del de más baja concentración. Por tratarse del producto inicial era un alcohol fuerte que por lo general se combinaba en distintos porcentajes con los otros tipos de obtenidos, para lograr una bebida de buena calidad. De acuerdo a los conocedores, la pureza del guaro de cabeza se medía al verterlo en un vaso y darle vuelta; si como resultado de esta operación se formaba en el centro del recipiente un cordón de burbujas, se trataba de un guaro de buena calidad y se decía que el guaro “hacía cordón”, como una forma de enfatizar sobre la calidad de su origen y manufactura; incluso, no es extraño escuchar por parte de los informantes con quienes tuvimos contacto, que en algunas ocasiones era tal la pureza del guaro, que cuando se realizaba esta “prueba” tendía a evaporarse en el acto.
17. *Tórsalo* es el nombre de un gusano parásito del ganado y a veces del hombre, el cual produce abultamiento en la piel y dolores fuertes –*Dermatobia cyaniontris*–. *Hormiguillo* es el nombre con que se designa a un padecimiento frecuente del ganado y los caballos expuestos a suelos sumamente húmedos, consiste en una combinación de distintos tipos de hongos –*fungus*– que se forma en las pezuñas de los animales, pudriéndolas paulatinamente. Dada la fetidez que se desprende de la zona afectada, la que además se vuelve porosa y suave, este mal resulta sumamente fácil de reconocer por parte de los criadores de ganado.
18. Se denomina *sobado* a las mieles que se producen al hervir el jugo de la caña de azúcar y que al ser sacadas de la paila antes de cristalizar, se baten hasta que toman un color blanquecino y una consistencia más suave que la del dulce; en algunas ocasiones se les agrega maní o hiervas aromáticas para darles mayor gusto. La *melcocha* o *perica* por su parte, sigue un proceso similar de elaboración, solamente que se elabora en el momento exacto en que las mieles adoptan el punto de cristalización y al combinarse con agua, adquiere una consistencia más dura y acaramelada que el sobado. La preparación de ambos tipos de confituras requiere de cierta destreza y conocimiento, especialmente en lo tocante a los períodos y formas de cocción del jugo de caña.
19. Entrevista a Benjamín Solís Elizondo, General Viejo, Pérez Zeledón, 13 de julio del 2001. En la cita se hace referencia al *guarumo*, que es el nombre del árbol *Cecropia sp.*
20. Una vez preparadas las mieles se vaciaban en moldes de madera de 24 o 36 cavidades y se dejaban enfriar. Posteriormente los recipientes se volcaban sobre las mesas de trabajo y con las tapas ya formadas se hacían las tamugas y los atados, que eran envueltos en las mismas hojas de caña previamente humedecidas y amarradas con sus venillas; es decir, con la fibra central y gruesa envés de la hoja. En la mayor parte de los trapiches la tamuga constaba de cuatro tapas de dulce, emparejadas cara con cara; mientras que los atados se componían de dos tapas, cada una de las cuales tenía un peso que oscilaba entre 2 y 2.5 libras.
21. Para la década de 1940 por el jornal de un día en un trapiche, que era equivalente a seis horas de labor, los trabajadores percibían un salario de un colón o una tamuga de dulce de aproximadamente diez libras de peso.
22. Roque Núñez Alvarado, *ibid.*
23. *Ibid.*
24. *Ibid.*
25. José Trinidad Montero Rodríguez, mejor conocido como “Trino” Montero, fue el primer Jefe Político de Pérez Zeledón cuando se fundó el cantón y se eligió la primera Municipalidad, en el año 1931.
26. Roque Núñez Alvarado, *ibid.*
27. Una *trocha* es una vereda estrecha. En las zonas rurales de Pérez Zeledón se considera que la trocha es una ruta un poco más amplia que un trillo, pero de menor amplitud que un camino o una calle.
28. La *marqueta* era un trozo grande y consistente de dulce, con una medida promedio de 30 x 30 cm –el cual se podía ampliar hasta 35 x 35 cm o 38 x 38 cm, de acuerdo al molde utilizado para su confección– y un peso cercano a un quintal. Generalmente la marqueta era destinada a la fabricación de alcohol y aguardiente.

29. Juan Antonio Solís Elizondo, *ibid.*
30. Entrevista a Horacio Quirós Marín, La Hermosa de El General, Pérez Zeledón, 05 de agosto del 2001.
31. Juan Antonio Solís Elizondo, *ibid.*
32. Benjamín Solís Elizondo, *ibid.*
33. *Ibid.*
34. *Descachazar*, en el argot de los productores de dulce significa eliminar la *cachaza* o sea la espuma que junto con algunos residuos se forma sobre el jugo de la caña de azúcar cuando este se cocina en las pailas. Para el desarrollo de esta operación generalmente se empleaba el mozote o muriseco –*Triunfetta lapula* y *T. somitriloba*, arbusto al que también se le asignan aplicaciones medicinales, que al calentarse emana una sustancia viscosa de suma utilidad para “amarrar” las espumas y los residuos que flotan sobre las mieles en preparación. Entrevista a Fausto Gamboa Calderón, General Viejo, Pérez Zeledón, 12 de agosto del 2001.
35. El término *aporca* o *aporcar*, se utiliza para describir la acción de cubrir el pic de una planta con tierra adicional. Además de un mejor sostén al tallo, este procedimiento encierra la función agronómica de mejorar el control de malezas, por medio de la eliminación de las malas yerbas que compiten con el plantío.
36. El *verolís* es la flor de la caña de azúcar; por lo que el vocablo *verolicear* se entiende entre los campesinos de la región como el acto de floración de la misma planta. Víctor Elizondo Piedra, *ibid.*
37. *Ibid.*
38. Fausto Gamboa Calderón, *ibid.*
39. Dentro de la investigación y por limitaciones más que todo de tiempo no tuvimos oportunidad de analizar con mayor precisión el concepto de calidad; sin embargo, tal y como lo ha propuesto Sidney Mintz para el caso del azúcar, así como John Soluri para el banano; nos parece acertado pensar que se trata de una construcción social a partir de la cual se definen, para cada momento histórico, requerimientos productivos precisos que de un modo u otro guían todas las etapas del proceso que da con la obtención de un producto específico. Para mayor nivel de detalle se puede consultar a Sidney Mintz, *Sweetness and power, the place of sugar in modern history* (New York: Viking Penguin Inc., 1985), y John Soluri, *Banana Cultures: Agriculture, Consumption, And Environmental Change in Honduras And The United States* (Austin, Texas: University of Texas Press, 2005).
40. Johnny Mora y Jenny Liberoff, *COOPEAGRI EL GENERAL R.L., Raíces, actores sociales y devenir histórico de una cooperativa agroindustrial* (Pérez Zeledón, Costa Rica: CoopeAgri R.L, 1993), 91.
41. Mayra Achío y Ana Escalante, *Azúcar y política en Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1985), 57-58.
42. Después del triunfo de la Revolución Cubana en 1959 y, sobre todo a raíz del rumbo que esta iba tomando, Estados Unidos reaccionó intentando detener el proceso por medio de lo que se ha llamado el “Bloqueo a Cuba”. El des-acuerdo de los norteamericanos con el régimen de Fidel Castro se precipitó, en lo fundamental, a raíz de la confiscación de propiedades y capitales norteamericanos pero, sobre todo, por su incorporación al Bloque Soviético. Con el objetivo de obstaculizar el proceso revolucionario cubano se inició el “bloqueo”, que básicamente consistió en una serie de sanciones económicas por parte de los Estados Unidos contra el régimen de Castro. Entre otras, de vital importancia para la economía cubana fue la suspensión de la cuota de importación de azúcar en 1960. Estados Unidos decidió comprar un millón de toneladas menos, y para el año siguiente dejó de comprar del todo. Otros países aliados a EEUU hicieron lo mismo.
43. Justamente en 1962 entró en vigencia un nuevo acuerdo internacional sobre café, que venía a tratar de regular los precios del grano y que en consecuencia, introdujo algunas variaciones en los mercados.
44. *Acta sobre la Asamblea Constitutiva de Cooperezeledón R.L.*, San Isidro de El General, 25 de noviembre de 1962, 8.
45. El Ingenio San Carlos Ltda., propiedad de Gastón Peralta Carranza, se puso en venta dado que estaba pasando por una situación muy compleja, pues las condiciones climatológicas de la zona incidían en el bajo contenido de sacarosa de

la materia prima, por lo que no se obtenían los rendimientos requeridos. En consecuencia, el ingenio tenía elevadas deudas con el Banco de Costa Rica y el Banco Anglo Costarricense. Johnny Mora y Jenny Liberoff, 94.

46. En la negociación para la compra del nuevo ingenio, el Banco Nacional permitió que las deudas que tenían los propietarios del Ingenio San Carlos Ltda. pasaran a ser de CoopeAgri El General R.L., con lo que esta se hizo dueña de la planta procesadora al asumir los compromisos económicos contraídos por los dueños anteriores. CoopeAgri El General R.L. “Don Claudio Gamboa Calderón, una insignia en CoopeAgri R.L”, *Agri REVISTA* (San Isidro de El General, Costa Rica, CoopeAgri R.L) Edición Especial (noviembre 2002): 7.
47. En 1972 por la inminente llegada de la actividad cañera a la cooperativa, se cambió el nombre de la organización al de CoopeAgri El General R.L. *Ibid*, 5.
48. Entrevista colectiva realizada a trabajadores del Ingenio El General R.L., Pérez Zeledón, 01 de junio del 2001. Todos los informantes han sido empleados de la institución desde su establecimiento.
49. *Ibid*.
50. *Ibid*.
51. *Ibid*.
52. Si bien todas las mujeres que han participado de la corta de caña o cualquier otra labor en el campo son merecedoras de un imperecedero reconocimiento por su fecundo trabajo; Libia Elizondo Gamboa, que a este momento cuenta 92 años de edad, Leovigilda Picado Elizondo de 67 años y Noemy Picado Elizondo de 63 años, mejor conocidas en Peñas Blancas de Pérez Zeledón como “Las Abuelas”, deben contar con un comentario especial pues se mantuvieron trabajando en los cañales, en los cafetales y en los plantíos del distrito hasta 1995, fecha en que empezaron a gestionar sus respectivas pensiones y cuando el propietario de la finca en que habían laborado durante buena parte de sus vidas, les otorgó una casa de habitación. En este caso, contrario a lo que se pudiera suponer, el autor puede dar constancia, al tener la dicha de conocerlas personalmente, de que la prolongada vida laboral que tuvieron estas mujeres obedeció exclusivamente a que se trataba de gente humilde que desde muy temprano en sus vidas se acostumbró al trabajo duro y honrado. Curiosamente, fue sólo hasta que doña Libia y sus hijas vieron peligrar sus pensiones por su obstinada buena costumbre de trabajar de sol a sol, cuando de manera obligatoria abandonaron las faenas del campo.